

**¡NOSOTRAS ESTAMOS CON
VOSOTROS!**



**MUJERES ANTIFASCISTAS DE DISTINTOS
PAISES HABLAN DE SU TRABAJO EN ESPAÑA**

GUSTI JIRKU



INDICE

I)	INTRODUCCIÓN.....	página 2
II)	BIOGRAFIA DE GUSTI JIRKU.....	página 3
III)	¡NOSOTRAS ESTAMOS CON VOSOTROS!.....	página 4
IV)	ANEXO.....	página 78

INTRODUCCIÓN A LA EDICIÓN EN ESPAÑOL

Desde la AABI nos parece que, rescatando este texto y traduciéndolo al español, damos un paso más en nuestra tarea de dar a conocer lo que fueron las Brigadas Internacionales, la lucha que estos miles de hombres y mujeres llevaron a cabo para ayudar al pueblo español a enfrentarse al fascismo. Este libro homenajea a las mujeres brigadistas, pero también españolas, antifascistas todas, que trabajaron en el frente y los hospitales para salvar la vida y curar a militares y civiles víctimas de la terrible agresión fascista.

En un primer momento encontramos el mismo texto en francés (que es el texto que he traducido) en la página web del RGASPI, los archivos estatales rusos que desde hace unos años están digitalizados y colgados para su libre acceso y consulta. Es, sin duda, una de las más valiosas fuentes para investigar todo lo relacionado con las Brigadas Internacionales, ya que el propio Archivo de las Brigadas acabó en los fondos documentales de la Komintern que luego se integraron en el RGASPI.

El libro fue publicado por la Ayuda Médica Extranjera a principios de 1938 en alemán. Fue un encargo que este Servicio le hizo a la internacionalista Gusti Jirku para dar a conocer fuera de España la labor que muchas mujeres extranjeras estaban llevando a cabo encuadradas en los servicios sanitarios de las Brigadas Internacionales.

Hasta donde sabemos la versión en alemán fue la única que llegó a publicarse, pues el texto en francés no figura como editado, se trata tan solo de hojas mecanografiadas. No sabemos si esto responde a que se había pensado su publicación también en francés o que simplemente era una copia para la documentación interna de las BI, cosa lógica dado que el francés fue durante un tiempo la lengua oficial de las Brigadas Internacionales.

Hemos utilizado las imágenes de la versión en alemán tal y como están colgadas en la web del RGASPI de ahí su baja resolución.

El carácter propagandístico del texto es muy evidente, ya que se pretendían dos cosas con él: una apoyar la causa de la República Española, resaltando su carácter de víctima frente al ataque de las fuerzas nazis y fascistas y, por otro lado, alabar la valentía y el trabajo que estas mujeres estaban haciendo aquí, y tal vez por esa vía lograr que más mujeres del mundo entero vinieran a hacer lo mismo.

Andrés Chamorro



GUSTI JIRKU –AGUSTINA STRIDSBERG

Gusti nació el 27 de agosto de 1892 en Chernivtsi, en alemán Czernowitz (capital de Bukovina) entonces parte del Imperio Austro Húngaro, actualmente Ucrania. Murió en 1978 en Lidingö, Suecia.

Hija de un banquero, vivió en la Bukovina austrohúngara durante su infancia y su juventud. Tras la derrota en la Primera Guerra Mundial y la desaparición del Imperio, se instaló en Yugoslavia, concretamente en Eslovenia, en la ciudad de Slovenj Gradec (Windischgrätz en alemán).

Aprendió esloveno y tradujo las obras de Iván Cankar, el gran autor de las letras eslovenas, al alemán, y en sus textos elaborados en Suecia a menudo escribió sobre la situación en Eslovenia. Pasó la mayor parte de su vida en el extranjero (en Yugoslavia, URSS, España, Estados Unidos y Suecia) trabajando como traductora, escritora, periodista y colaboradora de importantes diarios en Europa y América.

En España fue asistente médica de las Brigadas Internacionales. También escribió el libro Nuestra lucha contra la muerte. El trabajo del servicio sanitario internacional, publicado en 1937 en España.

Madre de Margietta Voge, famosa parasitóloga, ambas trabajaron para la inteligencia soviética entre 1943 y 1944. Adscrita al centro del KGB en San Francisco (EE.UU.), su nombre de lucha era “Klara”.

GUSTI JIRKU

¡NOSOTRAS ESTAMOS CON VOSOTROS!*

Las mujeres antifascistas de todo el mundo hablan de su lucha para ayudar a España

*Título original: Nous sommes avec vous! Les femmes antifascistes de tout les pays parlent de leur action d'aide en Espagne

Título en alemán: Wir kämpfen mit!. Publicado en 1938 Imp. La Semana Gráfica, c/ Salvador Seguí, 20 Valencia

INTRODUCCIÓN

La *Ayuda Médica Extranjera* me ha encargado que escriba sobre las mujeres antifascistas que trabajan en nuestro servicio de sanidad en España. En realidad ellas mismas han llevado a cabo el encargo. Tengo realmente que agradecerse ya que para poder escribir han tenido que robarle tiempo a sus escasos momentos de descanso. No todas las nacionalidades están aquí representadas ya que muchos componentes de nuestra organización están en el frente donde incluso esos escasos descansos faltan. Muchas de ellas sólo han podido enviarnos una fotografía acompañadas de algunas palabras. Otras declaran: “lo que hago es tan normal que no vale la pena de hablar de ello...” o también: “nuestras hermanas españolas son muy superiores a nosotras. Son las obreras, las campesinas, las empleadas de aquí quienes nos han enseñado a luchar y a sacrificarnos...”

Todo eso es cierto. ¡Pero es precisamente porque hemos aprendido de nuestras hermanas de España más que en toda nuestra vida anterior por lo que debemos hablar!

Estas notas que publicamos sin cambiar nada han sido escritas por mujeres de las más diversas condiciones sociales: obreras, burguesas demócratas, intelectuales; sin embargo aquí todas comparten el mismo lenguaje. Si se les pregunta sobre sus convicciones la mayor parte de ellas dan esta respuesta: “Yo lucho por la paz, por la felicidad y el progreso de la Humanidad” Si les preguntamos ¿a qué tendencia política perteneces? ellas responden: “Pero si lo acabo de decir, ¡yo soy antifascista!” Puesto que el mundo se ha dividido en dos campos, el de la guerra y el de la paz, hacer una simple profesión de humanidad, sentimiento tan natural a toda mujer, a toda madre, equivale a una profesión de fe política. La mayoría de estas mujeres no pertenecen a ningún partido político. El odio al fascismo y a la guerra, el amor a la humanidad y a la vida, que podría ser tan bella si no fuera por el furor bestial del fascismo, nos ha unido como a hermanas, a nosotras, mujeres de todas las naciones, de todas las ideologías políticas y de todas las clases sociales.

Gusti Jirku

FRENTE DE TERUEL

11 de enero 1938

El pueblo de X...[1] es lúgubre y está desolado. No hay una sola casa que se pueda transformar en un hospital. Sin embargo sí, aquí hay una, es propiedad del adinerado alcalde del lugar que ha huido con los fascistas. El frente no está más que a unos kilómetros de distancia. Los bombardeos se suceden sin descanso. Muchas casas del pueblo han sido destruidas. Las que no, están ocupadas por una de nuestras brigadas. Los habitantes del pueblo han abandonado sus hogares y, como los hombres prehistóricos, buscan refugio en las cuevas; sólo ahí encuentran seguridad y tranquilidad. El estruendo de los obuses y las ametralladoras no llega hasta ahí. Las calles están embarradas por la lluvia y destrozadas por el paso de camiones pesados y coches. En lo alto, sobre la colina, un grupo de curiosos mira el desarrollo de los encarnizados combates. El cielo está cubierto de grandes nubes blancas que impiden ver los aviones de bombardeo.

La carretera que lleva al pueblo es estrecha y casi impracticable. En el patio de la casa blanca hay tres ambulancias quirúrgicas de varios países y algunos vehículos para transporte de heridos (en la versión alemana dice “un vehículo de ducha y desinfección está en pleno funcionamiento”). En el frente, tan cercano, se desencadena un ataque. El fuego de artillería ha parado, es porque los nuestros van al asalto de las trincheras enemigas. Una ambulancia canadiense entra en el patio. Trae heridos del frente. El conductor canadiense nos saluda con la mano. Nunca abandona su vehículo. En Canadá colaboró mucho en la colecta popular del dinero para comprarlo. Después vino con él hasta España y ahora es inseparable de su ambulancia. Acompañado de su camarada **Sally**, el telefonista, saca con cuidado a los heridos...

La casa es muy pequeña; los muros han sufrido los obuses y las granadas. Los soldados cavan trincheras, único modo de protegerse de los bombardeos. Detrás de la casa, enormes embudos de tierra han sido abiertos por las bombas durante el ataque aéreo que los fascistas llevaron a cabo ayer.

Los heridos son llevados a la sala de triaje, dispuestos en el pasillo central de la casa. Allí trabaja un médico español de ojos negros y una rubia enfermera inglesa. El cuarto es estrecho, no resulta fácil trabajar ahí con la rapidez y la precaución necesarias. Hace casi un año que **Dorothée** está en España. Es una excelente enfermera, siempre alegre, infatigable y a veces muy divertida, con esa forma que tiene de chapurrear el español. Este año ha aprendido a explicarse en muchos otros idiomas porque aquí cada uno debe esforzarse por hacerse entender. Una enfermera de Zaragoza le ayuda, una bella joven del más puro tipo español. Ambas llevan a los heridos a las diferentes dependencias, curan a los operados, encuentran para cada una palabra de afecto, una sonrisa.

Tres grupos de cirujanos se han instalado en las tres pequeñas habitaciones de la casa. Aquí se está caliente gracias a un nuevo dispositivo de calefacción: el vehículo adaptado para ducharse que está aparcado en el patio sirve como caldera de vapor y se conecta a las tuberías de la calefacción.

[1] Se refiere a Cuevas Labradas, pueblo situado a unos 14 km al norte de Teruel, sobre el valle del río Alfambra. [Todas las notas a pie de página han sido escritas por Severiano Montero]



Julia Martinez

En la planta baja, a la izquierda, trabaja el joven médico catalán **Broggi**. Su rostro amable y dulce está inclinado sobre un herido grave al que opera con mucha habilidad y sangre fría. A su lado, con blusa y gorro blancos, la pinza en la mano, se encuentra la enfermera americana **Esther**. Es originaria de San Francisco pero tan cosmopolita en su apariencia y su estilo que es difícil precisar, a primera vista, su nacionalidad. Incluso en las peores condiciones logra dar a los heridos un confort impecable, mantiene su radiante alegría de vivir hasta en las más penosas situaciones. La inglesa **Ada**, vestida como Esther, prepara el instrumental para la operación siguiente. Cuando nos enteramos de que estas dos jóvenes, desafiando las dificultades de la vida en el frente y del continuo peligro al que están expuestas, han logrado montar, en una casa abandonada, un pequeño quirófano de una limpieza inmaculada, queremos estrecharles calurosamente la mano y agradecerles en nombre de todos los heridos. Ellas son mil veces más humanas que los grandes políticos de los parlamentos europeos, que usan nobles palabras pero llevan a la Humanidad a nuevos desastres.

El joven cirujano belga **René Dumont** trabaja en la sala de la derecha. Sobre la mesa de operaciones está acostado un camarada español, herido hace apenas una hora, en el último ataque. La enfermera francesa **Juliette Albert** ayuda hábilmente al cirujano. A su lado está **Una Wilson**, originaria de la lejana Nueva Zelanda, enfermera desde hace años. Socorrer a los otros es su propósito en la vida, aquí más que en ningún otro sitio, ya que aquí se trata de salvar a nuestros jóvenes y valientes antifascistas. Durante los combates en el Jarama trabajó día y noche, estuvo presente en los horrores de Brunete y ha vivido los días heroicos de Teruel. Su bonito pelo rubio es ahora totalmente blanco.

El piso superior está destinado al tercer equipo quirúrgico. El cirujano neoyorkino **Barsky** está ahora mismo llevando a cabo una operación muy difícil. Un joven antifascista alemán de constitución fuerte está tendido sobre la mesa de operaciones. Este hijo de la Alemania oprimida por el fascismo ha soportado durante largo tiempo los sufrimientos del campo de concentración. Ha combatido en todos los frentes. Acaba de ser herido, hace una hora escasa, durante el último ataque. La metralla de un obús fascista le ha perforado la cadera y los intestinos. Las heridas son muy graves, hay poca esperanza. Pero el Doctor Barsky lucha por salvarle la vida sin desmayo.



Julia y Carmen donaron sangre para los voluntarios internacionales.

En este quirófano reina **Anne Taft**, una pequeña americana, ayudada por una española y una compatriota suya. El doctor Saxton, un joven inglés, forma también parte del equipo. Su especialidad es el servicio de trasfusión de sangre. Como todos los demás elementos necesarios, la sangre está siempre lista; no faltan voluntarios para donarla.

Debemos aquí citar el ejemplo de dos jóvenes muchachas españolas que se han convertido en el símbolo de nuestro espíritu de fraternidad. Ellas han donado su sangre para el voluntario austriaco W. H. Cuando les preguntamos por qué, además de su duro trabajo, han querido hacer este sacrificio, responden: “Le damos nuestra sangre porque él ha vertido la suya por la liberación de España”.

El heroísmo de estas jóvenes españolas, sencillas y modestas, es también el heroísmo de

todo el pueblo español que lucha duramente a pesar de todos los sufrimientos. Como sus hermanas de otros países, estas jóvenes trabajan con abnegación en las proximidades del frente, en condiciones muy difíciles.



Esther Silverstein con el cirujano catalán Doctor Broggi (izquierda) y uno de los anestésistas.

Gracias a estas enfermeras infatigables, pacientes y dulces, llenas de profunda humanidad y de cariño hacia nuestros combatientes antifascistas, nuestra lucha encarnizada contra la muerte será premiada con el éxito.

Amamos a nuestras mujeres antifascistas. Estamos orgullosos de ellas. Han venido de todos los países del mundo para ayudar a sus hermanas de España para mitigar los horrores de la guerra. Trabajan en los quirófanos, las salas de enfermos, las ambulancias, los hogares infantiles; trabajan en las comisiones de cultura o como conductoras de ambulancia. En todas partes están nuestras camaradas, nuestras hermanas de corazón valiente. El hablar diferente idioma no les impide entendernos. Su parte en la lucha contra el fascismo jamás será olvidada.

Dr. Oscar Telge

Jefe de la Ayuda Médica Extranjera



La risa de Cándida contribuye a la curación. La joven española de 18 años se convirtió en la esposa de un voluntario alemán

CARMEN

Me llamo **Carmen**. Nací el cuatro de abril de 1916, en plena guerra mundial, en una familia obrera de Madrid. Tengo siete hermanas y hermanos pequeños.

Como la mayoría de los hijos de obreros en España, apenas pude ir a la escuela. Dos años solamente y a la edad de doce, que es para muchos aún la edad de las muñecas y los juegos, entré como aprendiz en una fábrica de alfombras para ayudar a mi familia. Trabajaba diez horas al día por el mísero sueldo de setenta y cinco céntimos. Después trabajé en un taller de juguetes a razón de quince horas al día por cuatro pesetas. Otra camarada y yo protestamos. Logramos cinco pesetas con veinticinco céntimos por día. Pero pronto me despidieron. Algunos días después mi madre cayó enferma, muriendo al año siguiente. Cuando tenía diecisiete años es mi padre quién cae enfermo. Luchaba por mantener a mi padre, mis hermanos y mis hermanas cuando estallan los acontecimientos de julio (1936). Mi hermano fue uno de los primeros en reaccionar. Se incorporó inmediatamente al Quinto Regimiento. Como llevábamos bastante tiempo sin saber de él, decidí ir en su busca. Llegué hasta el frente, donde estaba el Quinto Regimiento, allí encontré a mi hermano y a muchos compañeros de infancia. Una vez allí me encomendaron los trabajos más diversos: hacer la comida, lavar la ropa, recoger y curar a los heridos, etc. También allí conocí la violencia de los ataques enemigos. El miedo se disipa pronto dejando paso a la cólera y la indignación. Sobre todo cuando veía a nuestros jóvenes gravemente heridos o muertos. Vi caer a muchachas que combatían valerosamente con las armas en la mano, al lado de los hombres o yendo a buscar a



Carmen

nuestros heridos hasta las primeras líneas. Vi morir ante mis ojos a una joven madrileña de quince años, sintiendo un odio violento contra los bárbaros fascistas. Me decidí a vengar esta vida segada a tan tierna edad.

Mi hermano, gravemente herido, fue llevado a Madrid. Yo le hacía las curas en el hospital y, como en aquel momento había todavía poco personal médico, me ocupaba también de otros heridos. En aquellas fechas se prohibió a las mujeres estar en el frente así que continué trabajando como enfermera, profesión en la que me estaba iniciando.

Fui trasladada al hospital “**Lina Odena**”^[2] y después a un sanatorio de tuberculosos. Estaba en una casa grande donde faltaba casi todo aún, sábanas, medicinas, etc. Mi puesto estaba en la sala de enfermos terminales. Era diciembre, hacía mucho frío. Me parecía imposible trabajar en condiciones tan duras. Un día decidí renunciar. Cuando, con mis cosas bajo el brazo, atravesaba la sala un enfermo me dijo: “¿Te vas y nos dejas solos aquí?” Me detuve. ¿Qué clase de antifascistas somos si huimos ante las dificultades? ¿Es así como mejoramos la vida de nuestro pueblo? Me quedé. El médico se puso muy contento.

^[2] Era el Hospital de guerra nº 9 de Madrid. Se instaló en el Sanatorio de N. Sra. Del Rosario, en la calle Príncipe de Vergara 53 y estaba especializado en casos de gangrena. Numerosos miembros de las Brigadas Internacionales pasaron por sus salas.

Me dijo que hacía falta personal y que mi deber de antifascista era quedarme. A pesar de todas las dificultades estaba siempre de buen humor con los enfermos. Tenía a mi cargo una sala con cuarenta y cinco enfermos y también la sala de moribundos. Una vez tuve que velar cinco días y cinco noches, sin interrupción, a un moribundo, un hombre muy joven. Trabajé aquí durante seis meses.

En mayo, comencé a trabajar en un hospital de Guadalajara, ocupándome de los heridos. Como todo el mundo, tenía miedo de las bombas. Durante un bombardeo nocturno, alrededor de las tres de la mañana, yo estaba con dos heridos que no podían levantarse, un francés y un español. Tenía mucho miedo, fuera el estruendo era terrible. Los camaradas heridos insistían en que me fuera, pero no podía abandonarles, temía por sus vidas. Iba de uno a otro. Las bombas explotaban muy cerca, pero mi valor era más fuerte que mi miedo. Cogí una camilla y quise llevarme a uno de los camaradas. Pero no había forma, yo sola no podía. Entonces fui corriendo al sótano y pedí ayuda, en seguida mis queridos heridos fueron bajados allí, a salvo de las bombas. Podíamos oír las terribles explosiones pero cantamos hasta quedarnos sin aliento para darnos valor. Trabajé en el frente de Guadalajara hasta el mes de octubre. El Doctor Telge me envió a continuación al hospital checo Komensky [3] . Allí también recibimos la visita de los aviones enemigos. Seguía teniéndolos miedo pero no dejaba mi puesto.

Curar a los camaradas de tantos países distintos me produce una alegría inmensa. Sé por qué han venido aquí, por qué luchan y sufren por mi pueblo. Les amo a todos y ellos también me aman. La lucha común, la gran causa común del antifascismo nos une. Me quedaré en mi puesto hasta la victoria y venceré mi miedo a las balas y las bombas enemigas.

[3]El hospital de Guadalajara al que se refiere Carmen fue el establecido desde marzo de 1937 en el Colegio de las Adoratrices, que pronto fue organizado por sanitarios checos y se le dio el nombre de Hospital Komenski. Posteriormente, en octubre, dicho hospital fue trasladado a Benicassim, donde ocupó alguna de las numerosas villas en las que se instaló este famoso hospital de las Brigadas Internacionales especializado en la recuperación de convalecientes.



Bajo la dirección de la enfermera belga Petra (de pie a la izquierda) se prepara el material de vendaje para la esterilización.

NURIE

La camarada Nurie es una de las fundadoras del Servicio Sanitario Internacional en Madrid. Ahora trabaja en Madrid en la “Casa General Lukacs”, hospital que pertenece a nuestro Servicio Sanitario. Ella es española, pero vive en España solamente desde el año 1931. ¿La razón? Sus antepasados, judíos españoles, fueron expulsados de su país por la Inquisición y tuvieron que instalarse en Turquía. Sus descendientes han conservado sus costumbres e incluso la lengua de la época, aquella de Cervantes y de Lope de Vega. Muchas de las palabras usadas normalmente por los judíos españoles que viven en Turquía no se comprenden en la España de hoy. En 1931, cuando se proclamó la República en España, Nurie y su marido, él también originario de una antigua familia judía emigrada, decidieron volver a su vieja patria. Desde el comienzo de la guerra civil la camarada Nurie, que habla seis idiomas, trabaja en el Servicio Sanitario Internacional en Madrid, mientras que su marido combate en el heroico Quinto Regimiento.

Esto es lo que ella nos escribe: “Un salón en un antiguo palacio. La chimenea de mármol, los artesonados, los candelabros, dan testimonio del gusto por el lujo de los antiguos propietarios. En esta sala se encuentra la Oficina del Servicio Sanitario Internacional. Aquí donde antaño se daban deslumbrantes fiestas ahora entran y salen voluntarios de todos los países, heridos, enfermos, convalecientes que necesitan ayuda y consuelo, que a veces solo piden un libro o solo quieren fumar un cigarrillo al lado de mi mesa. Dos chicas jóvenes de diecisiete años reciben a los visitantes, dos siluetas delgadas con pálidas caras marcadas por el sufrimiento pero sobre las cuales se refleja la bondad de su corazón.



Nurie

Durante los bombardeos masivos, cuando los obuses llueven sobre la ciudad, ellas vienen puntualmente, con valentía, a su trabajo, como todas las mujeres madrileñas. Sonriendo, comentan entre ellas: “¿Sabes? Hoy un obús ha estallado justo a

mi lado. Me he tenido que refugiar en la entrada de un garaje, pero naturalmente no por mucho tiempo, de lo contrario habría llegado tarde.” Se ríen. ¿Acaso creen ser heroínas? No, solo tienen la bravura despreocupada y tranquila de todas las mujeres de Madrid. De este Madrid que, solamente con algunas ametralladoras, detuvo al ejército fascista a sus puertas en noviembre de 1936, que ha aprendido que la libertad se compra con sacrificios sangrientos y privaciones. Y este Madrid soporto hoy las pérdidas, las privaciones y los sacrificios sin abandonar su serena calma.

En nuestro Servicio Sanitario, escucho a diario hablar en muchos idiomas, del finés al turco. Me acuerdo de Harold, un sueco grande con rostro infantil. Estaba de permiso y buscaba a su hermano, que, según le dijeron, había venido también a España. Para poder explicarse recurrió a una apasionada gesticulación; finalmente logramos encontrar a su hermano en un hospital de Madrid. La alegría de los dos jóvenes al reencontrarse nos conmovió. Desde ese momento no se separaron más, hasta el día en que Harold, que paseaba con su hermano convaleciente, fue alcanzado por la explosión de un obús en la calle y murió.

Si es cierto que el carácter de un hombre se revela en el sufrimiento, podemos afirmar que nuestros heridos, españoles y extranjeros, rebosan coraje y valentía. Aurelio, un joven italiano, que perdió los dos brazos por la explosión de un obús, nos da a todos ejemplo de valor y buen humor: “Aún puedo pensar y hablar, dice, y por tanto todavía puedo ser útil para nuestra causa”.

Una vez, oímos el alboroto de un grupo alegre que subía por la escalera. Cinco pequeños españoles, seguidos de un gigante irlandés de pelo rubio, entran en nuestro despacho. Durante unos minutos solo podemos oír el alboroto de voces alegres y risas. El camarada irlandés y los cinco muchachos españoles son viejos amigos nuestros. Patrick estuvo mucho tiempo en el hospital, a su lado un camarada español. La familia del español, viéndole solo, se esforzaba por hablar con él, por medio de gestos, único modo posible en estos casos. Poco a poco una sólida amistad se estableció entre ellos. La familia española adoptó, en cierta forma, al irlandés, y es una gran alegría para él, cuando viene de permiso del frente, pasearse con sus cinco jóvenes amigos y contarles historias irlandesas en su descacharrante español.

No es sólo entre los heridos tenemos amigos, también, por supuesto, entre el personal sanitario. Nuestro despacho es una especie de parada obligada para todos los médicos, enfermeras, conductores de ambulancia, etc. que están de paso. Así aprovechamos para conocer y a querer a todos esos camaradas que han abandonado sus trabajos, sus estudios, sus familias para ponerse al servicio del pueblo español. Jamás olvidaremos al Doctor Dubois que falleció en agosto en Quinto[4]. Su alta estatura, sus ojos azules llenos de integridad, su dulce sonrisa, su rostro tranquilo y reflexivo, su valentía natural estarán siempre presentes en nuestra memoria. Él, como tantos otros, vertió su sangre sobre la tierra española para que de ella surja una nueva libertad, la libertad de todos los pueblos del mundo.

[4] El Dr Mieczyslaw Domanski, al. Dubois, fue el jefe del equipo médico de la 35 División Internacional y gozaba del alto aprecio del General Walter, ambos polacos. Herido en la batalla de Brunete, murió en Quinto, en la ofensiva republicana de verano contra Zaragoza.

Llegaste aquí en el invierno,
Pequeña, delgada e insignificante,
Porque has sufrido cómo uno es pisoteado
Y acosado hasta el sangrante agotamiento
Cuando uno es débil e insignificante
Y ha nacido en la pobreza.
Y porque en tu pequeño cuerpo hay un gran corazón
En el que ardía el deseo de ayudar a todos
Los que son pisoteados
Y se desangran luchando por los derechos humanos.
Y cuando llegaron los primeros heridos,
Ahí estabas, en la sala de operaciones, dispuesta a cumplir con tu deber,
Y cuando veinticuatro horas después
El trabajo no paró un minuto,
Estabas muy pálida,
Pero en tus ojos ardía la voluntad de ayudar,
Y más fuerte que tu débil cuerpo
era la voluntad de tu fuerte corazón.
Y cuando cuarenta y ocho horas después,
horas de horror, en las que el trabajo
no paró un minuto,
de las manos útiles, que se volvieron inútiles,
cayeron los instrumentos como hojas secas
de las ramas de los árboles en otoño;
cuando te derrumbaste en un rincón de la sala de operaciones
entre los uniformes desgarrados y los vendajes ensangrentados,
todos supimos quién eres ,
tú, sencilla, tú, pequeña, silenciosa
tú, gran luchadora por un futuro mejor.

Servicio de Sanidad de la 15ª División

(Traducido del alemán por Ana Pérez)



Margit Hagenson, noruega, trabaja como enfermera en una casa de reposo

HE AQUÍ LO QUE NOS ESCRIBE MAY MAC FARLANE DE LA LEJANA
AUSTRALIA

I

Quien haya conocido nuestro hospital durante los combates de febrero en el Jarama no lo reconocerá hoy. Tenemos las ventanas intactas y los muros blancos y limpios. Los heridos están en camas en el primer piso, en dos agradables salas espaciaosas y no como entonces, en los pasillos en una doble fila de camillas. A veces, antes, tuvimos a camaradas heridos sentados durante toda la noche en la escalera porque no teníamos más camas disponibles ni ambulancias para evacuarlos a otro hospital. El patio, que era un auténtico lodazal, está ahora pavimentado. Las ambulancias lo atraviesan fácilmente mientras que durante los combates del Jarama, estaba tan lleno de camillas que no se podía pasar. Nuestros comienzos aquí nos parecen un sueño lejano. Entonces trabajábamos día y noche, a veces hasta cuarenta y ocho horas seguidas sin poder dormir nada. Generalmente era el cocinero quien nos despertaba ofreciéndonos una taza de cacao y pan. Bebíamos y comíamos sin tiempo siquiera para lavarnos las manos, aún manchadas de sangre. El suelo del quirófano estaba cubierto de sangre y barro de los caminos empapados, nadie sabía cómo era realmente ese suelo. Hoy día, las baldosas rojas y blancas están limpias y visibles, pero en aquellos días mientras teníamos que operar sin descanso durante días enteros para salvar la vida de nuestros camaradas, ¿quién habría tenido tiempo para fregar el suelo?



Mac con un pequeño paciente español en un hospital del frente.

Los narcóticos (anestésicos) eran todo un problema en aquel entonces. A menudo nos encontrábamos utilizando el último frasco de éter y teníamos que recurrir a la novocaína, al Evipan (barbitúrico conocido como hexobarbital) o a la raquianestesia. Un problema no menos serio era el de los delantales de quirófano esterilizados. Cuando no teníamos ninguno disponible, nuestros cirujanos se cubrían con manteles esterilizados. Cuando nos faltaban las toallas, las reemplazábamos por bellas piezas de lencería finamente bordadas, previamente esterilizadas.

Cada noche nos bombardeaban. Una vez, en plena operación, nos quedamos en la oscuridad más absoluta. La instalación eléctrica se había dañado en el pueblo y nuestro generador también había dejado de funcionar. A la débil luz de mi encendedor uno de los cirujanos comprobaba que no había perforación (se trataba de una laparotomía) mientras que el otro comenzaba a suturar los labios de la herida.

Teníamos que operar día y noche. Cuando ya no podíamos más sólo encontrábamos fuerzas para continuar recordando a nuestros camaradas heridos. En ciertos momentos parecía que íbamos a sucumbir a la fatiga pero poco a poco retomábamos nuestras fuerzas y hoy día estamos en condiciones de mantenernos hasta el final. La experiencia de aquellos terribles días nos ha enseñado mucho, lo que es de gran importancia para los heridos a nuestro cargo.

II

Tuve algunos días de permiso. En la “Casa de Reposo” de nuestra división dábamos largos paseos, jugábamos al tenis, practicábamos natación o simplemente nos tumbábamos al sol, libres de todas nuestras preocupaciones anteriores. De repente llegó la noticia de que debíamos ir a otro frente.

Cuando llegué a nuestro hospital de Colmenar todo el mundo estaba ya cargando el material en los camiones, preparando las ambulancias y los autochirs (ambulancias quirúrgicas). Viajamos toda la noche hasta llegar a una famosa ciudad balneario española, en medio de altas montañas aún cubiertas de nieve.[5] En un sanatorio instalamos el hospital para heridos graves y en una casa la enfermería para los menos graves. Esta distribución simplificaba nuestro trabajo. Allí nunca hemos tenido que trabajar cuarenta y ocho horas seguidas, como en el Jarama. Tenemos dos equipos de cirujanos, ninguno trabaja más de veinticuatro horas. Ahora podemos dormir bien y por tanto trabajar mejor.

La primera semana las escuadrillas fascistas nos molestaron a menudo. Las bombas caían alrededor del hospital tan cerca que el techo del quirófano se resquebrajaba. Preferimos dormir fuera y nos sentimos muy bien allí. Ahora mismo la situación no es mucho más tranquila. Los combates aéreos se desarrollan por encima de nosotros. El retumbar de los cañones se confunde con el tac-tac de las ametralladoras. Todos los días el cielo desaparece detrás de un velo de humo y por la noche distinguimos a lo lejos el resplandor de los pueblos en llamas...

[5]Probablemente se refiere al Hospital de Benicassim.

III

CARTA A AUSTRALIA

Cuando tuvimos que dejar nuestra División estábamos tristes como niños que deben separarse de su madre por primera vez. El viaje no fue precisamente fácil, el sol pegaba fuerte y nuestras ambulancias apenas se bastaban para llevarnos a todos.

En B... [Benicassim] nos reencontramos con muchos viejos amigos, médicos, enfermeras, conductores y antiguos enfermos. Nos bañamos en el mar y continuamos nuestra ruta por las montañas. Pasamos la primera noche en el zaguán de una vieja casa de campo. Extendimos nuestros colchones y nuestras sábanas. A pesar de las mantas tuvimos frío ya que la noche era muy fresca. Pasamos los tres días y las tres noches siguientes en nuestras ambulancias al pie de la carretera ya que el emplazamiento de nuestro hospital no había sido decidido aún.

Al principio llevábamos una vida de bohemios en el nuevo hospital. No había un cuarto para el personal, dormíamos allí donde se podía tumbar un colchón, a veces bajo las estrellas en un gran campo bien arado. Cada frente tiene sus dificultades particulares. Así llegamos a ser más duros, más obstinados y más avezados para las batallas futuras. Ahora la cosa va mejor. Unos días después de los primeros ataques de nuestra división, instalamos un hospital en un pueblo conquistado. Nos trajeron algunos prisioneros heridos, eso nos ocasionó más trabajo aún, pero estamos contentos porque la presencia de prisioneros evidencia que el avance de nuestras tropas continúa.

Victor llegó ayer. Nos ha traído cigarrillos, galletas, chocolate y conservas que nuestros amigos australianos nos han enviado. Diles a todos que estamos muy felices de recibir sus regalos.

Esperamos estar en casa muy pronto. Nos guardamos para entonces el relato detallado de nuestras victorias en este frente.

Salud,

Mac

LAS NEOZELANDESAS HABLAN EN RADIO MADRID

Os hablo en nombre de las enfermeras de Nueva Zelanda que están trabajando en España desde hace cuatro meses en un hospital inglés[6]. Nuestro hospital está instalado en un antiguo convento, tiene varios siglos de antigüedad, en una pequeña población en las montañas. Tiene quinientas camas y es muy confortable. Tenemos siete salas de enfermos, atendidas por un médico americano, un médico inglés y, aparte de nosotras dos, neozelandesas, por dos enfermeras inglesas y por dos españolas.

Os podría contar muchas historias sobre nuestros heridos. Son unos jóvenes admirables. Por ejemplo Joseph, de diecisiete años, que llegó aquí moribundo. Un día, puso su mano sobre mi hombro y me dijo: “Si vivo aún es gracias a ti”. Eso fue la mejor recompensa que he tenido nunca. También está Gustave, paralizado por una herida en la columna vertebral. Su paciencia es infinita. Es consciente de lo poco que podemos hacer por él. Hay heridos a los que cuidamos desde hace meses y que ahora regresan al frente completamente recuperados. Todos dicen lo mismo: “Sabemos por lo que luchamos, sabemos que venceremos”. Una enfermera en nuestro país no puede hacerse una idea de las dificultades a las que nos enfrentamos aquí. En una sala con veinte enfermos se habla nueve idiomas diferentes. No tenemos instrumental suficiente. Lo que nos ayuda a salvar todas las dificultades es ese admirable espíritu de camaradería que une a hombres de profesión, nacionalidad y condición social diferentes. He aprendido mucho aquí, ahora conozco a España, el heroísmo de su pueblo, la guerra y todas las atrocidades del fascismo. Sé que la nuestra es una labor que merece la pena ser llevada a cabo.

Paso la palabra ahora a Isabelle Dodds, que quiere hablaros:

Isabelle Dodds: “Si me preguntáis qué es lo que más me gusta de España, os diré que son las pequeñas “*chicas*”, esas muchachas españolas que llevan a cabo todas las tareas cotidianas en el hospital. Siempre están alegres, limpias y bonitas. Saben lo que esta guerra significa. Saben que su trabajo cuenta en esta lucha. Vestidas con sus blusones blancos, una flor en el pelo, participan en las reuniones y las manifestaciones cantando los himnos antifascistas. Cuánto reconocen la labor de las mujeres de todo el mundo que han venido aquí para curar a sus heridos y cómo ellas nos ayudan a nosotras, extranjeras, a superar todos los obstáculos.

Mi colega os ha hablado de las dificultades. Una de las más grandes es, a menudo, la falta de luz. Muchas veces he tenido que poner vendas a la luz de los encendedores que nuestros heridos tenían en la mano. A veces también la corriente no es suficiente para que funcionen nuestros excelentes aparatos de radiografía.

¡España necesita nuestra ayuda! ¡Miles de hombres admirables sacrifican su vida por los amenazados ideales democráticos!

[6] Está hablando del Hospital inglés de Huete, Cuenca. Allí trabajaron numerosas enfermeras de varios países, entre ellas Isabel Dodds, Renée Shadbolt y Millicent Sharples.



Jóvenes de una aldea española en la escuela de enfermería de los hospitales americanos

ENFERMERAS AMERICANAS

Aquí tenemos algunos momentos de la vida en España de las enfermeras americanas. Un día, hacia mediodía, el suministro de agua deja de funcionar en el hospital americano de Villa Paz justo cuando una de nuestras enfermeras necesitaba agua caliente para una bolsa de agua. La necesitaba inmediatamente para un herido agotado por una gran pérdida de sangre. La americana, entonces, resuelve rápidamente la situación, llenando de sopa hirviendo la bolsa de agua.

¿Cómo cocer huevos cuando no hay agua? ¡Nuestras enfermeras los cuecen en vino! Tenemos una cantidad más que suficiente de vino.

Aquí estamos en un hospital americano en el frente. Los aviones fascistas bombardean todo el sector. Una de las enfermeras americanas permanece sentada frente al hospital. Está llorando (ciertamente los continuos ataques aéreos son insoportables) “¿Qué te pasa?” le preguntamos. Rápidamente se enjuaga las lágrimas: “Nada, un ratón me ha rozado el pie...”

Entrada la noche llegamos a un hospital americano en el frente de Aragón. Una enfermera americana, un poco regordeta, hace que nos preparen unas camas al lado del quirófano. “Podemos dormir en el quirófano”, le ofrecemos. “No”, responde, “¡voy a tomar un baño yo ahí!” Miramos alrededor, no hay más que una estrecha palangana para el agua esterilizada no más grande que una bañera para bebés. Nos tumbamos en nuestros colchones en la habitación de al lado y de pronto oímos el chapoteo del agua. ¡Se está bañando en la bañerita! ¿Cómo ha hecho para meterse ahí? Nos reímos a carcajadas. “¿Os sorprende?”, nos grita. “¡Una americana se bañaría, a falta de otra cosa, incluso en una taza de té!”



Las hermanas americanas de camino a una fiesta infantil organizada por el hospital

Las amigas de **Helen Freeman**, excelente enfermera que ha trabajado en numerosos hospitales del frente, nos han confesado que ella no dormía nunca sin su

pijama de seda, incluso si sólo tenía dos horas de descanso. Llevaba siempre agua de colonia y jabón en su bolso.

Al ver a estas bonitas “girls” americanas durante sus descansos, en sus salas de recreo de Villa Paz o de Castillejo, alrededor del fonógrafo, encima del cual pende el cartel: “Who has troubles? Speak!”, es difícil creer que se trata de las mismas enfermeras americanas capaces de convertir, en cuestión de horas, unas casas vacías en hospitales modelos, que llevan a cabo su deber con imperturbable sangre fría durante los ataques aéreos, que conservan su sonrisa y su mano firme mientras las explosiones hacen temblar la casa o la ambulancia.



La Administradora de los hospitales americanos, Freddie Martin, con el médico jefe Doctor Busch y un paciente.

Irene Goldin, de Nueva York, y **Esther Silverstone** [*Silverstein*], de San Francisco, trabajan juntas. Esther nos cuenta: “Cuando llegamos a España nos preguntaron: ¿dónde queréis trabajar? y respondimos ¡donde haya más trabajo!” Durante la ofensiva de Brunete, en julio, Irene y yo trabajamos en el hospital divisionario con el cirujano catalán **Broggi**. Ella en la sala de enfermos, yo en el quirófano. Yo no sabía español, Broggi no hablaba inglés. Sin embargo todo fue bien: ¡treinta operaciones en veinte horas!



La enfermera de quirófano Anne Taft delante del hospital del frente.

En cuanto a Irene, estuvo en su puesto cinco días y cinco noches sin interrupción, ¡ella, tan frágil y delicada! Porque no podía confiar a los heridos más graves, ni siquiera por una hora, a una enfermera inexperta. Cuando le preguntamos a Irene de dónde sacó tanta fuerza, responde modestamente: “¡Un soldado nunca deja su puesto hasta que es relevado!” Hemos trabajado en numerosos frentes. El tiempo de trabajo es ilimitado, a veces dieciséis, a veces treinta horas. Pero eso no es nada, nos dicen, nosotras trabajamos “¡For Spain, Glory and Broggi!” Él nos daba ejemplo: siempre preparado, siempre servicial y afectuoso, ¡y tan modesto! A pesar de su juventud es un gran cirujano.

Una vez, cuando nuestro abastecimiento era irregular, Broggi tenía problemas con el estómago y yo también me sentía indispuesta, Irene fue a los campos a recoger unas aceitunas, tomates, higos, un melón y algunas uvas para hacer una comida vegetariana. A partir de entonces nos acostumbramos a ir al campo para recolectar nuestra comida. Nuestro equipo quirúrgico está entre los que han conseguido una menor mortandad de enfermos graves. Estamos muy orgullosos de ello, porque para conservar cada vida humana hemos luchado tanto como para conservar la nuestra. Como recompensa, el Doctor Telge, jefe del Servicio Sanitario Internacional, nos ha otorgado una gran ambulancia quirúrgica, totalmente nueva. Bien nos la hemos merecido.

¿Si teníamos miedo a las bombas? Evidentemente, es humano tenerlo. Pero rápidamente pensábamos en nuestros heridos y el trabajo vencía al miedo...”



Rebeca y Ana con su burro

Salaria Kee O'Reilly, una joven negra, es una de las mejores enfermeras del hospital americano de Villa Paz. Aquí se ha casado con un joven voluntario irlandés. Esto es lo que nos cuenta:

Yo nací en los Estados Unidos, en el Estado de Georgia, en junio de 1911. Mi padre murió en agosto del mismo año. Mi madre se quedó sola con cuatro hijos en los brazos, tres chicos y una niña pequeña. Esa niña pequeña que era yo le causaba grandes preocupaciones. Durante todo el tiempo que vivimos en el Sur no supe nada de las dificultades de la vida. Sin embargo, había una cosa que me preocupaba mucho. Había oído a mi madre asegurar a una amiga que, antes de su muerte, mi padre le había dicho: "Ninguno de mis hijos debe ser criado más abajo de Mason-Dixie". Yo preguntaba a menudo a mi madre qué quería decir mi padre con eso, pero ella sólo me respondía: "lo sabrás bien pronto".



Salaria y Rose Weiner en el Hospital Americano

Mi madre se casó de nuevo y me dejó en casa de una amiga en Akron, Ohio. Vivir allí se convirtió en todo un problema para mí. Cuando me llevaban al teatro debía sentarme en una zona reservada. Yo no comprendía por qué. Después del espectáculo yo no podía ir a comer a un restaurante, como lo hacía el resto de la gente. En el trolebús los blancos no querían sentarse a mi lado.

Cuando mi madre adoptiva me mandaba a comprar el pan, lo tenía que comprar al mismo precio que los blancos pero siempre me atendían la última y envolvían mi pan en un papel malo, todo arrugado. En mi mente infantil yo odiaba a los blancos. Ellos son todos así, pensaba yo. Sentía que me odiaban y que me consideraban sucia y estúpida. Sabían bien que yo no podía defenderme, aunque hubiera querido.

Cuando iba al colegio los niños blancos me llamaban “Nigger” y se negaban a sentarse a mi lado. Un día, regresé a casa y dije que no volvería jamás al colegio, ya que los niños no querían jugar conmigo. Mi madre adoptiva me dijo que yo debía volver y aprender mucho, de ese modo podría educarme a mí misma y nadie podría quitarme lo ya aprendido. Volví, por tanto, al colegio, reprimiendo mis lágrimas por no poder jugar con los otros niños.

Más tarde, cuando estaba en el Instituto, aprendí a jugar muy bien al tenis y al baloncesto, no en el propio Instituto, sino en el centro deportivo organizado por la comunidad negra. Me consideraban una buena deportista y el Instituto me invitó a formar parte del equipo de baloncesto. Pero al mismo tiempo, me hicieron saber que mi presencia en las reuniones del club era superflua, aunque de todas formas debía pagar la cuota mensual. Todo eso y muchas otras cosas eran razón suficiente para odiar a los blancos. Sin embargo, en los años siguientes, los libros y la vida me hicieron conocer a hombres blancos realmente buenos: ¡los camaradas!

Cuando pienso en América, el país de las riquezas fabulosas, el país que pasa por ser el más civilizado, delante de mis ojos se forma siempre la imagen de un país dividido por los ricos en tres partes: los ricos, los trabajadores y los negros, los parias de la sociedad.

¿Por qué los ricos han diseñado esta división? No sé si la respuesta que he encontrado es exacta, pero pienso que los trabajadores son los que llevan una lucha amarga por subsistir: los obreros, los granjeros, los pequeños comerciantes, los artesanos; y los negros también entran en esta categoría. Los ricos lo saben bien y temen que todos esos explotados se unan para enfrentarse a ellos. Saben bien que estamos cansados de la opresión, del odio y del terror. Pero mientras los oprimidos sigan desunidos, mientras se peleen entre ellos, no pensarán en atacar al enemigo común. ¿Cómo se las apañan los ricos para dividir a los trabajadores? Convencen a los blancos de que los negros son peligrosos, que les quitan el trabajo contentándose con sueldos más bajos; dicen que los negros son estúpidos, depravados, tarados. ¡En América, muchos les creen y contribuyen a oprimirnos! Pero los oprimidos comienzan al fin a comprender quiénes son sus verdaderos enemigos. Hoy día los blancos oprimidos no ven a los negros con los mismos ojos que antes, ven que el negro no es un ser malvado. Ven en él un compañero, un camarada, un ser humano perseguido que, durante mucho tiempo, no pudo confiar en ningún blanco.

Yo llegué a España en abril de 1937. Quería luchar contra los fascistas. Lo que veo en España no son negros oprimidos, sino blancos, obreros y campesinos que trabajan para aquellos que ahora les hacen la guerra, una guerra exterminadora. Cuando comparo España con mi patria veo aquí lo mismo que allí. De un lado, los trabajadores de la España republicana y del otro, los fascistas.

He resuelto en España el problema de mi vida. Ahora sé que los negros no son los únicos oprimidos sino que lo son principalmente para suscitar el odio racial entre los trabajadores. Hoy ya no odio a los blancos, pero más que nunca odio el fascismo y el chovinismo de los blancos que, cuando era pequeña, me parecían tan incomprensibles.

¡Salud, Camaradas!



Concha aprendió a hablar inglés perfectamente con su amiga, la enfermera jefe inglesa

Evelyn Rahman [*Hutchins*], de Nueva York, una de nuestras mejores conductoras, ha recorrido en estos ocho meses muchos miles de kilómetros de carretera en España. Con su camioneta “Baby” estuvo en los frentes de Guadalajara y de Aragón; también ha conducido grandes ambulancias y camiones pesados. Sus pequeñas manos sujetan tranquilamente el volante, incluso cuando los Junkers surgen de las nubes y amenazan las carreteras. ¿Una heroína? No, una valiente y generosa joven americana.

Hoy, me escribe:

10 de diciembre de 1937

Querida Gusti:

Querías saber lo que hago últimamente. Esta mañana a las ocho ya estaba en Saelices. Debía ir a buscar a unos trabajadores de una colectividad agrícola que el Frente Popular ha designado para ayudarnos a acondicionar el nuevo hospital, la nueva Intendencia y el garaje. Tú sabes que en Tarancón nuestros hospitales y sus anexos han sido totalmente destruidos por el bombardeo del tres de diciembre. La nueva casa a donde nos hemos mudado es una maravilla. Pero antes que nada quiero hablarte de los trabajadores. Yo los conozco desde hace tiempo y me quieren tanto como yo a ellos. Cuando algún transeúnte pregunta si realmente soy yo la conductora de ese camión tan grande, los trabajadores, ofendidos, responden: “naturalmente, ¿no la conoces aún?” Parecen estar muy orgullosos de nuestra vieja amistad. Teníamos que cargar unos sacos de trigo y, en broma, me pusieron uno de esos pesados sacos a la espalda: “¡Tú también!”, dijeron. Pero en seguida me lo quitaron, porque no quieren que yo haga un trabajo tan duro. Uno de estos jóvenes me dice: “Evelyn, ¡todos te quieren mucho!” Puedes imaginar lo feliz que me hace sentir eso. Él es tan simpático y amable. Quiero hasta a esos paisanos somnolientos sobre sus lentas carretas tiradas por mulas que siempre van por el medio de la carretera. Me hacen perder mucho tiempo, pero no los culpo. A menudo oigo decir que los obreros y los campesinos españoles son lentos en su trabajo. Es falso. Deberías haberlos visto hoy cargando los sacos de trigo en mi camión. Trabajaban como burros, sin respiro, porque saben que debemos acondicionar a toda prisa nuestro nuevo hospital y querían marchar lo más rápido posible para ayudarnos.

¡Y qué hospitalario es el pueblo español! Hace unos días, fui a buscar patatas cerca de Toledo. Llegamos muy tarde y tuvimos que pasar la noche en casa de los campesinos. Inmediatamente nos prepararon la cena, pan y algo de carne (¡ya sabes, sin embargo, lo pobres que son!), había incluso vino, y para mí escogieron especialmente uno muy ligero.

¿Sabes lo que más me gusta de mi trabajo? ¡El poder demostrar a las jóvenes campesinas españolas que una mujer puede también hacer un trabajo de hombre! Eso les dará más conciencia y más seguridad en sí mismas.

Evelyn



Evelyn, la conductora americana

Milfred Rackley de Las Vegas, Estado de Nuevo México (sic) (Estados Unidos), era pintora antes de venir a España. Ha estudiado en Europa, Alemania y España. Cuando estalla la guerra en España ella viene y se pone a disposición del Servicio Sanitario. Actualmente es administradora de los hospitales americanos e ingleses.

Milfred nos cuenta:

No hay nada de novelesco que contar. El trabajo de administradora es un trabajo muy prosaico y que da muchas preocupaciones.

Al principio, cuando aún estábamos cortos de personal, yo era intendente, gobernanta, secretaria, ingeniera, mensajera, tesorera e intérprete. Cuando tenía tiempo incluso iba a casa de los paisanos a por repollos y coliflores. Tenía también que encontrar gasolina para las ambulancias, y grandes barriles para transportarla. Una vez, me agencié un enorme horno para nuestro hospital. Lamentablemente el horno era tan pesado que nuestro camión se averió y tuvimos que pasar parte de la noche en la carretera. Por cierto, que he pasado muchas noches así. Una tarde, el **Doctor Byrne** y yo salimos para comprar víveres. En el camino de vuelta, por una ruta apartada, nuestro viejo camión Latil se averió y el Doctor Byrne se marchó a pie hasta el pueblo más cercano para telefonar. Yo tenía dos opciones: o dormir sobre el banco del conductor o entre los repollos. No fue hasta las seis de la mañana que otro vehículo pudo llevarme a casa, bastante entumecida.



Milfred Rackley

¡Pasan cosas muy divertidas en nuestro hospital! Una vez un camarada francés ganó un cordero en la tómbola del pueblo. Por la noche, sin ser visto, lo trajo al hospital, a la sala de enfermos, y lo ató a una pata de su cama. Tuve que causarle la molestia de hacerle llevar al cordero a un lugar más apropiado. Al mismo tiempo ordené al guardián de noche que en adelante prohibiera la entrada de corderos al hospital.

Un administrador debe, antes que nada, saber emplear de forma adecuada a su personal. Un día, la vieja **Martina**, que siempre fregaba las escaleras, fue nombrada encargada de la limpieza de la sala de enfermos. Se puso muy triste. En cuanto acababa su nuevo trabajo, corría a las escaleras y miraba tristemente los escalones que antaño frotaba con tanto amor. Finalmente tuvimos que devolverla a su antiguo puesto.

La pequeña **Josefina** había huido de Córdoba. Ella trabajó siempre en los campos. **Louise Jones**, nuestra enfermera jefe, se ha convertido en su ideal: “Tengo que llegar a ser enfermera como Louise”. Desde entonces ella ha aprendido mucho y ahora es una excelente auxiliar de enfermería.

En la casa de reposo inglesa, hemos hecho experiencias interesantes en cuanto al trabajo colectivo. Cada enfermo elige un pequeño trabajo que le convenga, me pide consejo y naturalmente tiene mi ayuda. Uno se encarga del mantenimiento de los cuartos de baño, el otro de la reparación de los relojes, de pulsera y de péndulo, del hospital. **Ruperto** ha hecho una escuela para los enfermos españoles y el personal analfabeto. **Bart** organiza coros en todas las lenguas.

Ludwig ha montado una línea telefónica de cinco kilómetros. El comité del Frente Popular del lugar ha puesto a nuestra disposición un trozo de tierra que, en primavera, transformaremos en un huerto. Criamos cerdos, pollos, conejos, corderos y cabras.

Poco después de mi llegada a España, recibí una carta de mi tía. Tengo que decir que mi tía está extremadamente orgullosa del papel revolucionario jugado por nuestros antepasados en las guerras de independencia americanas. Sin embargo, ella escribía en su carta:

“Está realmente bien que te consagres a una causa humanitaria, pero espero que no te dejes arrastrar a tomar partido”. ¡Le respondí que yo amo al pueblo español y que ella debe admitir que una joven cuyos antepasados han combatido por la libertad americana “tome partido” por la democracia y la libertad contra los fascistas asesinos de mujeres y niños!

*Jefatura de Sanidad
del Ejército de Tierra*

Ayuda Médica Extranjera

17 de diciembre de 1937

ORDEN DEL DIA

La dirección del Servicio Sanitario Internacional en su nombre y en el de todo el Servicio sanitario agradece a los camaradas ayudantes médicos jefes **Wolf Jungermann** y **Norman Rintz**, a la enfermera Jefe **Sonia Merims**, al encargado del garaje **Carl Rahman** y al camarada **Ludwig**, secretario de Intendencia, por su valiente conduzca durante el bombardeo de Tarancón el 3 de diciembre. Por su heroica sangre fría y su cumplimiento del deber, han contribuido a evitar grandes pérdidas.

El jefe de la “*Ayuda Médica Extranjera*”

Doctor **Oscar Telge**



Una madre y sus hijos abandonan su pueblo bombardeado

La enfermera Jefe **Sonia Merims** nos cuenta:

“Nosotros vivimos en nuestro hospital como en una gran y feliz familia. A cada miembro de esta familia (sea cual sea su nacionalidad) le mueve el mismo sentimiento de responsabilidad, el mismo amor a nuestra causa. Desde hace cinco meses trabajamos todos juntos en Tarancón. Nos hemos convertidos en buenos camaradas: los médicos jefes americanos, los médicos alemanes, las enfermeras americanas y españolas, el personal subalterno y los heridos de todos los países del mundo.



Sonia y Honey junto a una ambulancia americana con muchas cicatrices de guerra

Un día, en una bella tarde soleada, siete aviones fascistas aparecieron sobre Tarancón... No puedo describir lo que aconteció, las palabras se quedan cortas para hacerlo. Me acompañará siempre la visión de las madres enloquecidas por el horror que corrían por las calles con sus hijos. Aún me parece escuchar los gritos y los gemidos de los pequeños que llamaban a sus padres y a sus madres, ¡tan aterrorizados como ellos! Después, el siniestro crujido de los muros al caer... La cólera y el odio bullían dentro de mí, ¡habría podido gritar al mundo entero lo que pasaba aquí! Sabíamos que, mediante estos bombardeos continuos, los fascistas querían quebrantar nuestra voluntad. ¡No lo

lograron! Obtuvieron justo lo contrario. Aún oigo la voz de un joven español que, gravemente herido por las explosiones, intentaba hablar. Juntando sus últimas fuerzas, gritó: ¡Viva la República! ¡Vivan las Brigadas Internacionales!



Tarancón después del bombardeo

El bombardeo duró tres largas horas. Centenares de bombas masacraron hombres, mujeres, niños, caballos, mulas y perros. Nuestros hospitales no eran más que un montón de ruinas. En ese fragor ensordecedor, sin prestar atención a las explosiones de las bombas, ni a los cascotes y al yeso que se desprendían de los muros y el techo, los doctores Rintz y Jungermann y yo, operábamos. Teníamos que salvar la vida a un gran número de heridos graves, víctimas del bombardeo. De nosotros tres, solo yo había sido herida por una piedra que me golpeó en el pecho. Sin embargo aún estaba en condiciones de continuar mi trabajo. Los camaradas me dirían más tarde que había sido muy valiente. No sé si se trató de valor, tenía que responder por la vida de los heridos ¿habría podido actuar de otro modo? No podía sino aliviar sus sufrimientos.

¿Y quién nos daba el ejemplo? ¡Nuestras jóvenes enfermeras españolas! Carmen, de apenas 18 años, llevaba a cabo su trabajo tranquilamente ¡como todos los días! He ahí uno de los múltiples ejemplos del heroísmo de las mujeres españolas...



Dos enfermeras españolas y un conductor de ambulancias afroamericano



Claire era enfermera de una ambulancia suiza en los frentes de Madrid y de Aragón. Aún no he visto a ninguna chica más valiente que esta joven francesa. La observaba mientras los aviones enemigos sobrevolaban nuestra ambulancia móvil en el frente de Aragón. Impasible, les seguía con una mirada grave, un poco soñadora, encogiéndose de hombros dijo: “¡Los veo cada día!” Pero, ¿no es acaso el miedo vencido el verdadero

coraje de los valientes? Así se ve claramente en la historia valiente y sincera de Claire:

“¡Se han ido! Sólo ahora nos atrevemos a mirar a nuestro alrededor, hacer el balance de sus crímenes. Al lado de nuestro “autochir”[7] , donde operamos, dos camillas con dos cadáveres. Uno es de un hombre que encontramos esta noche, el pecho reventado. El otro es de un niño cuya piel azulada ya está toda marcada. El pueblo, por la mañana, todavía está en llamas y, por la carretera, las mujeres, los niños y los viejos se huyen apresurados... ¿a dónde? ¡A Madrid!

Una niña pequeña me coge la mano. “¡Camarada! Tengo unas astillas en los pies. ¡Quítamelas!” Sus pequeños pies desnudos están sucios. Aterrorizada, había corrido por los campos en llamas. Ayer, yo la había dicho: “Conozco a una chiquilla que estaría muy guapa si tuviera una cara y unas rodillas limpias”. Me miró sin parecer comprender lo que yo decía, con ese semblante serio que caracteriza a los niños españoles, pero un poco más tarde reaparece a mi lado; sus rodillas y su cara resplandecientes, recién lavados. Nos hicimos amigas. Cuando estábamos cenando vino con su hermana, en su mano sostenía una lata de conservas vacía, para que se la llenáramos. Sin embargo se lo dio todo a su hermanita y la miraba comer con seriedad. Hoy ella también corre por la carretera, su delgado cuerpo doblado por el peso de un saco, también huye.

Nos tememos que algunas víctimas del bombardeo se hayan quedado en los campos así que vamos en su búsqueda. En un camino apartado, por donde nunca pasa nadie, una anciana yace en el polvo blanco, bajo el deslumbrante sol. Mira fijamente al cielo. Junto con mi camarada, nos aproximamos. Al vernos, la mujer rompe en ahogados sollozos. Está paralizada. Durante la noche la trajeron aquí, a los campos, para protegerla de los bombardeos, pero luego fue olvidada en medio del pánico general. ¿Acaso sus familiares han muerto y por eso no han regresado a por ella? Me quedo a su lado mientras mi camarada corre a buscar una camilla. La llevamos hasta un puesto de control montado en la carretera donde multitud de mujeres y niños esperan la llegada de los camiones. Ella será la primera en ser evacuada a Madrid. ¡Madrid, que cada día es presa de las llamas!

Sin embargo no tenemos mucho más tiempo para escuchar a nuestro corazón, debemos resistir. Esta vez debemos acondicionar nuestro hospital a toda prisa, los bombarderos fascistas están sobre nuestras cabezas. Cada uno colabora con su mejor voluntad: los cirujanos, los conductores, los cocineros, todos. Y estamos contentos de haber establecido, de nuevo, un récord de velocidad, de haber transformado una casa abandonada y sucia en una clínica casi moderna. Habitaciones bien ordenadas, camas numeradas y, sobre cada cabecero, un diagrama de fiebre. Y qué orgullosos estamos de nuestro quirófano, con su instalación moderna, su mesa de operaciones, sus potentes aparatos eléctricos, sus aparatos de radiografía y sus frigoríficos. Hasta el mínimo rincón se utiliza y cuando no hay espacio para nosotros, dormimos fuera, bajo la miríada de estrellas del cielo español. Ocupamos así los mejores palcos de ese teatro donde tienen lugar los dramas aéreos. ¡Ah! ¡Hay que ver cómo nuestro oído se ha agudizado! ¿Es eso el ronquido de un motor? ¡Es de los nuestros! ¿Y ese ruido que a su vez sube y baja? ¡Son nuestros aviones de caza! Seguimos las peripecias de combate de nuestros héroes con el corazón acelerado. ¡Ahora ejecutan un giro sobre un ala, toman altura! ¿Dónde ha ido el nuestro? ¡Oh! ¡Ahí aparece! Bien sabemos que estos duelos aéreos preceden siempre a los combates terrestres. Así que preparamos todo para recibir a los primeros heridos... Aquí llegan tres ambulancias. Sacamos a los heridos con infinitas precauciones.

[7] Ambulancias quirúrgicas

Miro a los camaradas a los ojos buscando leer su sufrimiento en ellos, pero se dominan, todos sus rasgos están crispados. “Prepáralo todo para una laparotomía”, me dice nuestro cirujano.

Me conmueve ver a estos jóvenes sufriendo, pero sé que una vez que haya puesto la mascarilla de éter sobre su cara, una vez la operación haya comenzado, no pensaré más que en una cosa: ¡Es necesario salvarle! Y ya hemos salvado a un gran número de ellos. Por supuesto, algunos otros han muerto. Uno, un camarada polaco, otro un italiano tras una peligrosa operación de abdomen.

Una noche, le velaba a su cabecera; él dormía, su respiración apenas perceptible. De repente, abrió los ojos, unos ojos negros, profundos, que no eran ya de este mundo pero llenos de bondad y dulzura; y, consciente de su muerte, pidió suavemente: Agua, camarada. A la mañana siguiente una sábana cubría su cuerpo rígido. Le enterramos en el pequeño cementerio del pueblo. Los camaradas colocaron un bloque de piedra sobre su tumba en el que grabaron una gran estrella roja, bajo la cual pusieron su nombre, un nombre desconocido pero el nombre de un héroe. Los vecinos del pueblo se habían reunido, las chicas llevaron grandes ramos de flores de los campos. Enterramos el cuerpo mientras un camarada pronunciaba palabras de adiós. Tres salvas resuenan. A continuación cantamos La Internacional. ¡Adiós, Camarada! Ya reposas en tierra española. Tu madre no sabe nada aún. De su parte y de todos los que te lloraron, yo te envío un último saludo...



Federica Montseny, ex ministra de Sanidad y Asistencia Social, famosa autora anarquista, habla en la inauguración de nuestro hospital en Murcia [en el claustro de la Universidad de Murcia]

Esta tarde, si el trabajo lo permite, iré a acostarme y soñaré con mi madre y con el canto de los pájaros de mi casa y, cuando abra los ojos, veré modernos pájaros infernales girando sobre mi cabeza mientras lanzan sus bombas.

Hace unos días estuve en Barcelona. Alguien cuchicheaba detrás de mí: “¡La ambulancia suiza!” Era un joven miliciano. “¿Te acuerdas de Brunete, camarada? Estabas a mi lado mientras me operaban” En ese rostro sonriente apenas pude reconocer ese otro todo ensangrentado. Se quitó su gorro y en su cabeza vi los cabellos blancos en zigzag mostrando exactamente el lugar de la trepanación. Mientras me hablaba, sentía yo una alegría indescriptible. ¡Sin nosotros, él estaría muerto!



Concha es una de las heroínas silenciosas del pueblo español. Su marido y algunos de sus parientes más cercanos han caído en la lucha contra el fascismo. Concha ha sido la madre de 53 niños del Hogar infantil de la XI Brigada durante un año. También sus hijos están ahí.

Friedel trabaja con su marido, un escritor alemán que ahora, después de haber combatido varios meses en el frente, está escribiendo un libro en Madrid.[8]

“Un día, este verano, recibo la autorización para ir a España. La persona que me da la noticia, añade: “...si es que aún tienes ganas” Mi alegría era tan grande que no pude encontrar una respuesta adecuada.

Habían pasado largos meses desde que nuestros maridos se habían marchado a España para combatir por la libertad y la independencia del pueblo español. ¡Cuántas veces llegamos casi a la desesperación por no poder participar en esa lucha decisiva que nosotras considerábamos como nuestra! Muchas pensábamos como yo: dando todo lo que llevo dentro ¿podría tal vez reemplazar en la retaguardia a un camarada que será más útil en el frente? Pero por entonces debimos quedarnos en París. Nos agrupamos para colaborar con la ayuda en favor de la España Republicana en lucha. Este grupo no era una “asociación de afligidas”, trabajábamos. Utilizando los mapas nos hacíamos explicar la situación de los frentes, conocíamos cada zona donde se desarrollaban los combates.

Finalmente me autorizaron a partir. Riéndome, corría por las calles ya que era preciso prepararlo todo rápidamente. Recibí la noticia a mediodía y tenía que salir por la noche. Así que, rápido a la casa, algunas cosas en una pequeña maleta y ¡a la estación! Allí me encontré con mis tres mejores amigos, que habían venido a despedirse. Mi “adiós” no les pareció muy triste.

Llegamos a Valencia. Al día siguiente un camión me lleva a Albacete. Ahora me queda por completar la última etapa que me separa de mi objetivo. Un camarada alemán se ofrece a llevarme. Tengo que lograr los documentos necesarios lo más rápido posible, ya que no es nada fácil para una mujer entrar en Madrid. Salimos exactamente a las seis de la mañana.

¡Voy a Madrid! ¿Es un sueño? ¿Acaso voy realmente a Madrid? Si, ciertamente, el coche es real, el chófer es real también; su bella voz melancólica entona cantes flamencos. Me giro bruscamente. El camarada alemán está también ahí, está sentado detrás de mí y desde hace un rato me habla sin que le escuche.

La noche cae lentamente. Estamos cada vez más callados. De vez en cuando pronunciamos alguna frase; pronto los tres nos quedamos en silencio. Ignoro lo que piensan mis dos acompañantes, pero muchas preguntas se agolpan en mi mente: Madrid, ciudad legendaria, ¿cómo es en realidad? Y, sobre todo, ¿cómo son sus habitantes?

Pasamos el primer control. Atravesamos las primeras calles de la periferia. Me inclino hacia delante y miro a través de los cristales. La oscuridad es total. Ni una sola luz en ninguna parte. El faro del coche está bajo, apenas distinguimos los contornos de las casas. Pero, a veces, cuando el faro se eleva un poco, vemos que esas casas han sido bombardeadas, algunas no tienen más que la fachada, con los marcos vacíos de las ventanas detrás de las cuales se ve un trozo de cielo estrellado. Y bajo ese cielo estrellado, montones de escombros que, al derrumbarse, enterraron seres humanos.

Mi odio crece. El odio hacia este fascismo bestial que lanza toda su barbarie contra esta ciudad que se empeñan en destruir ya que son incapaces de tomarla.

[8] Friedel Kantorowicz era mujer de Alfred Kantorowicz, miembro de la XIII BI que escribió dos libros: *Diario de la guerra de España* y *Tschapiev*.

Circulamos ahora por grandes avenidas. Los inmuebles se alzan en la oscuridad; todas las persianas están cerradas. No se ve a nadie ¿Es esta una ciudad muerta? No, se siente la pulsión latente de esta ciudad convertida en fortaleza por la proximidad del frente. Se nota que, ante el menor peligro para la ciudad, sus hombres saldrán prestos desde sus casas, que parecen deshabitadas, para hacerle frente. La voluntad de luchar, eso es lo que aquí se siente con tanta fuerza.

El coche para delante de un palacio. El camarada alemán me explica que aquí se encuentran las oficinas de la “Alianza de los intelectuales antifascistas” y que los camaradas **Regler** y **Kisch** viven aquí. Aquí podré saber dónde se encuentra mi marido. Ya es media noche. El camarada llama al portero, quien le dice que mi marido está ahora mismo arriba con unos amigos. Subimos de puntillas las escaleras del inmenso palacio y de pronto nos encontramos bajo el umbral de una puerta. Los hombres que están sentados, vuelven su mirada hacia la puerta, me miran con sorpresa, como si fuera un fantasma. Mi marido, que es el único que está dando la espalda a la puerta, nota en sus caras que algo sucede; se gira rápidamente, duda y parece no creer lo que ven sus ojos. “¡Al fin, estás aquí!”, me dice mientras me estrecha en sus brazos. Comienza entonces un interminable contar de historias. Me entero de que, durante la ofensiva de Brunete, mi marido fue enterrado vivo por la explosión de una bomba de aviación; que ahora trabaja en un libro sobre el batallón Tchapaiev de la XIII Brigada, del cual era oficial, y al mismo tiempo es el encargado de dirigir el Hogar Infantil de la XI Brigada, cerca de Madrid.[9]

Al día siguiente vamos a visitar el Hogar Infantil. Recibo un permiso para quedarme allí y colaborar en el libro de mi marido hasta que me encarguen otro trabajo. Las semanas siguientes tengo la oportunidad de conocer a fondo dicho hogar, entrando en estrecho contacto con los niños y los camaradas españoles, tan desinteresados y llenos de dedicación, trabajando con mujeres de todo el mundo; estos camaradas hacen todo por facilitar y hacer más agradable la vida a estos niños que conocen ya demasiado bien los horrores de la guerra.

Veo aquí vivos ejemplos de lo que las mujeres pueden lograr durante la guerra mientras los hombres combaten en el frente. Es una labor hermosa y grande, realizada por un trabajo educativo como este durante la guerra. Los niños se habitúan rápidamente a su nueva vida en común. Los chicos mayores cuidan, con gran cariño, de los más pequeños; nunca pelean por tener alguna cosa, para ellos lo natural es que todo lo que reciben se comparta justamente. Aquí todo es de todos, dando un gran ejemplo a los adultos. Los niños trabajan con total independencia, ellos mismos hacen su periódico mural, dibujan, pintan, cantan, bailan, estudian y hacen gimnasia, y, en su tiempo libre, hacen sus pequeñas travesuras en el inmenso parque que rodea el Hogar.

Me habría sido muy duro separarme de ellos y de los camaradas españoles si no se hubiera decidido que, en adelante, trabajaría en Madrid. Estaba muy feliz de poder ser útil aquí.

En París el trabajo de secretaria no tendría nada de extraordinario pero aquí, en Madrid, en esta ciudad del frente (trabajo apenas a dos mil metros de las primeras trincheras) toma una significación totalmente diferente: participo en la lucha por la libertad y la independencia de España y, por consiguiente, de Alemania, mi patria. Eso conlleva unas obligaciones; no conocer ni la fatiga ni el descanso.

[9] Se trata del Hogar Infantil ubicado en La Moraleja, Alcobendas, en un palacio confiscado al Conde de los Gaitanes.

En Madrid es lo más natural. En este segundo invierno de guerra, Madrid tiene frío porque no hay carbón, no se puede saciar el hambre. Madrid, bombardeado cada día, está ahora más decidida que nunca a oponer una resistencia implacable.

Además de mi trabajo diario a veces hablo por la tarde en la radio. En cada ocasión siento una alegría inmensa al pronunciar esta primera frase: "Aló, aquí Madrid, escuchan la voz de la España Republicana". Sí, Madrid se dirige al mundo entero, cada tarde, incluso mientras la artillería enemiga bombardea la ciudad, cuando se escuchan muy cerca las explosiones de los obuses y el estruendo de los muros al desplomarse. Y Madrid continuará hablando hasta que un día pueda anunciar al mundo su liberación y con ella, la de toda España.

Para adelantar la llegada de ese día hemos venido aquí. Poder celebrar la victoria con nuestros hermanos españoles nos dará nuevas fuerzas y acelerará la liberación de nuestra patria. Lo que, de esta manera, pueda hacer cada uno debe hacerse, del mismo modo que Madrid cumple con su deber.

Friedel



Martha Drumm y su esposo, ambos socialdemócratas, se marcharon de la Alemania de Hitler. Hermann luchó como voluntario contra el fascismo en España. Martha trabajó silenciosa e incansablemente al frente de nuestras mujeres en el hospital. Hermann cayó en la toma de Belchite. Dos meses después, Martha dio a luz a su hijo. El pequeño Hermann es el consuelo de su madre y todos los camaradas alemanes, hombres y mujeres, le llaman "nuestro hijo".



La austriaca Paula Draxler

CARTA DE LA AUSTRIACA PAULA DRAXLER

Querido **Fritz**:

Estoy segura de que te acuerdas de nuestras actividades comunes en la sociedad obrera de gimnasia de Viena y en los cursos obreros para enfermeras; y de que estarás interesado en saber qué ha sido de mí desde el memorable doce de febrero de 1934. Una vez disueltas todas nuestras organizaciones, pasó bastante tiempo hasta que pudimos retomar la acción. Una vez que la guerra civil estalló en España muchos decidieron partir para luchar por la democracia y los derechos humanos.

Yo misma ofrecí mis servicios como enfermera y en febrero de 1937 ya trabajaba en España. Montamos un hospital en una antigua universidad de la España meridional. Al principio trabajábamos en condiciones muy duras, faltaba todo, faltaba personal médico. ¡Poco importaba! Teníamos el entusiasmo y el amor a nuestra causa. En seguida me hice amiga de las españolas y de los españoles. Es un pueblo éste que merece que lo amemos. Enseguida nos hicimos entender, a pesar de que ninguno de nosotros conocía la lengua del otro. Cuando las palabras no eran suficientes nos hacíamos entender por gestos.

El trabajo con los heridos es admirable. No es suficiente con hacerles las curas, con sanar sus heridas, también hay que levantarles la moral. No sabes lo bonito que es ayudar a un hombre a vencer su angustia, a recuperar su valor. Me acuerdo sobre todo de un alemán que, después de una explosión, había perdido un ojo y tenía una herida horrible en el lado derecho de su cara; sufría mucho por esa mutilación. Hoy, gracias a nuestros cirujanos, la cicatriz es apenas visible y ha podido regresar al frente. Me ha enviado una carta muy emotiva, diciéndome que había vencido totalmente su estado depresivo y que, en buena medida, el mérito es mío. No puedes imaginar cuánta felicidad me da leer eso. Claro que también los hay rebeldes, gruñones y caprichosos. Pero, por la mañana, cuando entro en la sala riendo, metiéndome un poco con ellos, no pueden más que reírse también. Durante mis ratos de libertad, me siento junto a ellos con mi guitarra y les canto cualquier alegre canción vienesa y enseguida el mal humor desaparece. En el fondo son todos unos niños grandes a los que les gusta que les mimen y les acaricien, es por eso que me llaman “Madrecita”. Sí, este trabajo es bonito pero exige que se le consagren todas las fuerzas. Es horrible ver morir a un hombre, a pesar del socorro médico inmediato y los incesantes cuidados.

La guerra ha supuesto un gran sacrificio para mí. No puedo escribir ni hablar de ello sin llorar. Mi marido, mi mejor camarada, ya no está a mi lado. Ha sacrificado su joven vida en la lucha por libertad. Sé que no debo abatirme, que debo continuar la lucha, y así lo haré. Quiero terminar mi carta con estas palabras de la gran Pasionaria: “¡Antes viudas de héroes que mujeres de cobardes!”



El hogar infantil de Oliva, creado por el Comité Noruego de Ayuda, está bajo el cuidado de la noruega Nini Hasslund-Gleditsch.



Una antigua granja en Beniaján

La austriaca **Eva Korcak** trabaja como enfermera jefe en el hospital de contagiosos. La gran admiración que profesa al pueblo español, y en particular a la mujer española, le ha permitido establecer unas cordiales relaciones entre los enfermos, originarios de diferentes países, las enfermeras y los vecinos del pueblo. En cinco pueblos de la España meridional Eva se siente como en su propia casa y es querida como una hermana. Acompañada de algunos convalecientes que ya pueden salir y de algunas auxiliares de enfermería españolas, chicas jóvenes venidas de regiones evacuadas, aprovecha el mínimo tiempo de descanso para visitar dichos pueblos.

En Beniaján, nos cuenta, hacemos siempre una visita a nuestra vieja amiga **Antonia Maymon**, llamada la Pasionaria de Beniaján. Su vida fue dura y sin alegría, trabajando sin descanso su minúsculo terruño, insuficiente para alimentar a su familia, trabajo ingrato sólo beneficioso para los grandes terratenientes con el objetivo de poder ganar el pan para sus hijos hambrientos. Como la mayor parte de las mujeres españolas Antonia tiene el espíritu despierto y bien le habría gustado ser instruida. Pero en los pueblos españoles, antes de la revolución, casi no había mujeres que supieran leer y escribir. “Las mujeres, esclavas, decía la vieja Antonia, no querrían serlo si supieran leer. Ya que entonces sabrían que existen otras mujeres en el mundo que han dejado de ser esclavas”. La mujer se enfada cuando habla de las chabolas donde a menudo han de vivir más de diez personas, en la promiscuidad y la suciedad, peor que las bestias. Pero sus ojos brillan cuando ve salir a las jóvenes y a las mujeres de la Casa del Pueblo, instalada en la casa de un rico fascista, convertida ahora en la casa de la cultura del pueblo. En la Casa del Pueblo las mujeres de Beniaján han organizado fiestas para los voluntarios internacionales heridos. La sala estaba decorada con flores. En las paredes se podían leer inscripciones como “¡Vivan nuestros hermanos de las Brigadas Internacionales!”

El espíritu de solidaridad reina en el pueblo. Estas mujeres, cuyas madres llevan aún vida de esclavas, son parte hoy de la Asociación de Mujeres Antifascistas de España. Esta organización, aún joven pero ya rica en experiencia, ha sabido, en medio de la más monstruosa de las guerras, despertar este ser digno de admiración: ¡la nueva mujer española!

La mujer española sabe por qué lucha. Está tan comprometida en esta lucha como el hombre. Ha crecido en la lucha hasta el punto de reemplazar al hombre en todo aquello que ha sido necesario. Joven o vieja, ha aprendido a leer y a escribir. En el campo, en la fábrica, en la oficina, ha ocupado el puesto del hombre. Hace reinar la higiene en el pueblo, cuida de los niños y los enfermos, organiza la protección a las madres y sus hijos, socorre a los refugiados, crea albergues para los pequeños huérfanos. En un año y medio ha llevado a cabo los progresos de todo un siglo. El día de la victoria de Teruel las mujeres de Beniaján llevaron a los heridos las mejores frutas de su cosecha como muestra de los lazos estrechos que les unen a su ejército, el ejército del pueblo. Ellas protestan modestamente cuando se alaba su trabajo. “No es nada, dicen, en el frente de Córdoba, muy cerca de las trincheras, las mujeres recogieron la aceituna bajo el fuego enemigo. Y en Madrid (cuando hablan de Madrid, sus ojos brillan) las mujeres continúan trabajando en las fábricas mientras caen las bombas en el barrio, cantan tan fuerte que sus voces se imponen al estruendo de los obuses. ¡Las mujeres de Madrid son un ejemplo para nosotras!”

Para nosotras, mujeres de todos los países del mundo, concluye Eva, estas modestas heroínas campesinas son también un ejemplo. Ellas avanzan en la vía de la lucha común contra el fascismo, sin dejarse desviar de ese penoso camino, cargado de sacrificios, pero el único que conduce a un futuro feliz.



Siempre alegres, las "chicas" traen agua para el hospital



Sonia, médica polaca, trabajando en el laboratorio de Rayos X junto al radiólogo alemán Doctor Blank

La farmacia central del Servicio Sanitario Internacional está dirigida por tres mujeres. Una de ellas, **Renée**, austriaca, nos cuenta:

Somos tres mujeres aquí. Una polaca, una checa y una austriaca, las tres somos farmacéuticas de profesión. **Rachel** [10], la polaca, es nuestra jefa. Nuestra farmacia es verdaderamente internacional y no solo porque su personal hable todos los idiomas del mundo. Nuestros medicamentos vienen de todos los rincones del mundo, ya sean medicamentos ya preparados o sean los productos necesarios para su preparación. Las etiquetas en viales y cajas están escritas en los idiomas más diversos. Aquel que piense que los médicos y farmacéuticos tienen su “esperanto” (el latín) se hace una composición de lugar un tanto simplista. Os sorprendería saber de qué maneras tan diferentes se emplea ese “esperanto” en los distintos países del mundo.



Mimi Manovil, médica austriaca, ayuda al cirujano Doctor Langer en la operación (Mimi Manovil era el pseudónimo de Marie Langer, esposa del también austriaco Max Langer, conocido como Karl en España, Marie Lizbeth Glas Hauser de soltera)

[10] Rachel (Eckstein) Gunzig se trasladó en abril de 1938 a Mataró, en cuyo hospital siguió encargada del servicio farmacéutico. Se casó con el voluntario checo Jacques Gunzig y tuvieron un hijo. Tras la guerra fue hecho prisionero por los alemanes y llevado a Mauthausen, donde fue fusilado en 1942.



La polaca Rachel, directora de la Farmacia Central, recibe un encargo por teléfono

Desde hace tiempo hemos decidido escribir en español las inscripciones de nuestros medicamentos. Pero las prescripciones que recibimos están escritas en cualquiera de los idiomas que hablan los médicos que trabajan aquí. Hay que tener en cuenta lo que supone recibir una prescripción escrita en francés por un médico francés, trabajar con productos que llevan las etiquetas en español y finalmente escribir el prospecto en, por ejemplo, inglés porque el enfermo sea americano. O bien una doctora alemana prescribe una de las numerosas especialidades francesas con un prospecto en francés pero el enfermo a quien está destinada es checo y no puede utilizarlo. Entonces nuestra camarada checa debe explicarle cómo tomar el medicamento. O aún puede darse el caso de un camarada croata que prescribe un medicamento para un camarada español. La inscripción está en español, cierto, pero el camarada no sabe leer así que debemos explicarle nosotros cómo tomar el medicamento. Estos son sólo unos pocos ejemplos, pero podríamos citar más. Una cosa es cierta, tenemos aquí una excelente oportunidad de aprender idiomas. Naturalmente, todo esto da lugar a ocasiones a veces embarazosas a veces divertidas. A veces estamos seguras de haber utilizado la palabra correcta pero en realidad es una palabra con otro sentido. Si es necesario, terminamos por utilizar el método de conversación universal de los gestos.

Como los métodos de trabajo de cada uno de nuestros países no son los mismos siempre, hemos decidido trabajar de acuerdo a las indicaciones del vademécum español. La nuestra es una farmacia militar y, en tiempos de guerra, no siempre están a nuestra disposición los productos deseados, así que debemos ayudarnos de nuestra experiencia para obtener aquello que necesitamos utilizando los medios existentes.

Deberíais ver cómo discutimos las tres para llevar a cabo nuestra tarea común,

basándonos en nuestra experiencia anterior y en lo aprendido aquí y, si todo eso no es suficiente, consultamos libros de medicina del mundo entero.



Tres mujeres, una polaca, una austriaca y una checoslovaca, dirigen la Farmacia Central [en Albacete] de la Ayuda Médica Extranjera



En el Hospital de Onteniente, hermosa obra de la II Internacional, trabajan mujeres de diferentes nacionalidades



Dos italianas, Rosa y Emilia

Emilia Giambone, antifascista italiana, nos cuenta lo que ha visto en España. No es sólo una página de su vida, sino una página de la Historia:

El cinco de febrero de 1937 salí de Lyon camino de España. Italiana, habiendo sufrido mucho bajo el fascismo, yo era antifascista ya desde hacía varios años y mis primeras impresiones al llegar a España reforzaron mi convicción en que todas las mujeres del mundo deben luchar unidas para salvar a la Humanidad.

Durante el viaje a España yo era la única mujer en un tren repleto de camaradas que marchaban para unirse a sus batallones. Acomodada en mi esquina escuchaba sus himnos a la libertad que, a pesar de ser en lengua extranjera, comprendía bien. Difícilmente alcanzaba a responder a sus preguntas pero, sin embargo, pronto nació la camaradería y la simpatía entre nosotros. Finalmente, cuando pude por fin hacerles comprender que yo era italiana y que mi marido combatía en el Batallón Garibaldi, todos se pusieron a gritar: “¡Viva el Batallón Garibaldi y su lucha ejemplar!”

Debía reencontrarme con mi marido en Albacete pero como él estaba combatiendo en el frente no pudo dejar su puesto. Mientras esperaba, me puse a trabajar en los hospitales. Ya los primeros días comencé a oír las sirenas anunciando la llegada de los aviones fascistas. Justamente estaba yo en la calle. Por encima de mi cabeza zumba un Caproni, lo distingo perfectamente, le veo soltar una bomba, viene directa hacia mí. Me tiro cuerpo a tierra. Al momento siento que me elevo bruscamente del suelo. Completamente aturdida, me encuentro en otro lugar. La explosión me había proyectado en el aire, desplazándome totalmente. Cuando el humo y el polvo se fueron disipando, miré a mí alrededor y vi muertos y heridos. A penas retengo las lágrimas, pensando en mi marido, que, cada día, vería escenas parecidas y eso me dio valor. Trabajé toda la noche socorriendo a los heridos.

Cuatro días más tarde, mi marido llegó a Albacete. Alabó mi coraje y me prometió que, como recompensa, visitaría Madrid. A sus 43 años tenía ya muchas canas pero en el combate parecía de los más jóvenes. Solía decirme: “Nuestras mujeres nos dan fuerza y valor, ellas comprenden nuestro deseo de sacrificio y lo comparten, lo que nos fortalece en nuestra lucha”

Efectivamente, en abril, salí para Madrid. Allí trabajé en un comité de mujeres antifascistas. Cosíamos ropa de cama para los hospitales e ideé un sistema para aumentar la producción. No aceptamos ningún salario por nuestro trabajo. En esos tres meses que trabajé en Madrid vi a mi marido de vez en cuando y una vez pude visitar nuestras trincheras en la Ciudad Universitaria, esa ciudad heroica, completamente devastada y que tanto sacrificio ha costado. Ya me había acostumbrado a las bombas y los obuses. Vivía cerca de la Gran Vía, el barrio más frecuentado de Madrid. Un día, al volver del trabajo, encontré mi habitación demolida por un obús. Sin embargo seguí viviendo en la misma casa.

Algunos días más tarde la camarada **Estella**^[11] me llamó por teléfono para decirme que mi marido había sido herido. Corrí a su casa para saber más detalles, para tratar de verle y de curarle. Allí, sin embargo, me enteré de que no volvería a verle jamás. Lloré muchísimo. En su compañía los camaradas lloraron a su “padre”, así le llamaban ellos. Algunos días más tarde encontré a muchos de ellos en B.... Me transmitieron sus condolencias y me ayudaron a continuar la lucha.^[12]

Un mes más tarde todos nuestros viejos amigos se reunieron en los alrededores de Lyon en memoria de mi marido. Me dieron permiso para acudir. Dos mil personas estuvieron presentes. Entre todos recordamos la vida de mi marido. Él fue uno de los primeros en ir a España para luchar por la liberación del mundo.

Como tantas otras mujeres, he perdido lo que más quería en este mundo, pero todas nosotras, esposas y madres, no debemos llorar a nuestros muertos, debemos estar orgullosas de ellos y levantar aún más alta nuestra bandera. ¡Debemos tomar su puesto y luchar hasta la victoria!

[11] Seguramente se refiere a Teresa Noce, mujer de Togliatti, a quien en España se la conocía como “Estella”. Dirigía la edición italiana de *El Voluntario de la Libertad* y coordinaba otras actividades asistenciales.

[12] Emilia era la mujer de Vitale Giambone, un voluntario que luchó en el batallón Garibaldi desde noviembre de 1936 hasta que murió en la ofensiva republicana sobre Huesca, en junio de 1937.



Bombardeo

En una soleada tarde de octubre la ambulancia inglesa, ocupada por dos médicos y la enfermera inglesa **Phyllis Hilbert**, regresa del hospital del frente y se dirige a Lérida. El chófer llena el depósito. Después de haber completado su reserva de gasolina, el vehículo retoma la carretera, paralela al río. Pasan cerca de una escuela, delante de ella juegan unos niños. Se dirigen allí... De pronto la tierra tiembla, la ambulancia se desvía y se detiene en medio de una espesa nube de humo y polvo. ¿Una bomba? ¿Dónde están los aviones? El cielo está cubierto, ¡no se ve nada! Phyllis y los médicos saltan para meterse bajo la ambulancia. Tac-tac-tac, suena una ametralladora. Escondido tras las nubes, el enemigo siembra la muerte. Alaridos de dolor llegan desde la escuela. Son los niños que, hace sólo un instante, estaban divirtiéndose. Phyllis corre hacia la escuela. Algo cae a sus pies, tropieza, es un brazo arrancado de un niño. Se levanta pero una bala le roza. “¡Agáchate, Phyllis!” le gritan los médicos. Pero Phyllis corre hacia los niños, que gritan desgarradoramente. Desaparecen de nuevo detrás de una nube negra: la segunda bomba cae delante de la escuela, en el lugar donde jugaban los niños. Phyllis deja de correr. Dos cosas horribles, como en una pesadilla, aparecen ante sus ojos: la mitad de un burro y, unos pasos más allá, la mitad de un niño. Phyllis se tapa la cara, corre más lejos. Se queda delante de la escuela en medio de los escombros. Tac-tac-tac, la muerte baja de las nubes. Uno tras otro, Phyllis coge en sus brazos un pequeño cuerpo agonizante y, llorando, lo lleva a la ambulancia. Las madres se lanzan en busca de sus hijos... o de lo que queda de ellos. Los pequeños cuerpos destrozados parecen muñecas rotas; sus ojos están cerrados, sus piernas y sus delicadas manos, arrancadas, están desperdigadas por toda la zona de juegos. Las madres no derraman lágrimas pero alzan sus puños al cielo.

Phyllis trabaja en silencio, cubre los muertos con una sábana, venda las heridas, saca a los enterrados de los escombros...

¡No te olvidaremos jamás, Phyllis! ¡Siempre estuviste dispuesta a sacrificar tu vida por el martirizado pueblo español! ¡Tu corazón era más fuerte que la muerte!



Phyllis durante el bombardeo



Fritzi Brauner, médica austriaca, examina a una pequeña paciente española en el Hogar infantil de B. (Benicassim)



Una buena enfermera jefe también debe encargarse de la cocina. Era Volsenove prueba la sopa

LA LETONA ERA VOLSENOVE

A una hora tardía de esta noche de junio, después de un viaje de varias horas por una carretera mala, nuestra ambulancia llega por fin a su destino, una pequeña localidad situada a treinta kilómetros de un frente y a ochenta de otro.

Nuestro trabajo es apremiante. Debemos instalar un centro de evacuación, una estación para treinta o cuarenta automóviles que transportarán a los heridos desde las ambulancias del frente y de los puestos de primeros auxilios a nuestro hospital, donde recibirán los cuidados y tratamientos necesarios así como una alimentación reconstituyente y donde, después de unos días de reposo, serán enviados más lejos según la gravedad de cada caso. La ofensiva que se prepara nos garantiza mucho trabajo, día y noche, y debemos crear un servicio de sanidad que responda a todas las eventualidades.

¿Con qué nos hemos encontrado? Con una casa insalubre y llena de suciedad. Nos hemos puesto a trabajar con todas nuestras fuerzas. Bajo la dirección de nuestro médico, el Doctor K., nos hemos hecho con todo lo indispensable en un hospital y hemos comenzado a instalarnos. Es una labor increíble, tenemos enormes dificultades que superar.

Algunos días más tarde la casa ha sido transformada en un hospital. Las habitaciones brillan de lo limpias que están, las camas están bien hechas, los heridos bien atendidos y satisfechos. Aquí se sienten como en su casa y no quieren dejarnos. Es el mejor agradecimiento que pueden hacernos por nuestros cuidados.

He aquí un joven polaco gravemente herido. No tenemos grandes esperanzas de

poderlo salvar. Amargado y debilitado por sus heridas, permanece tendido en su cama sin hacernos caso.

El médico se sienta a su lado, inmediatamente encuentra las palabras precisas, el tono adecuado para reanimar su frágil estado anímico. El joven cree en sus palabras, cobra confianza y algunas semanas después, gracias a nuestros entregados cuidados, tenemos un combatiente curado, recuperado física y mentalmente, que sale del hospital.

¡Ah, nuestro doctor! Está ahí siempre, ayudando en todos los sitios. En un momento, nuestro doctor se gana a todo el mundo, a los conductores, a las jóvenes auxiliares de enfermería españolas y a los civiles. Sabe encontrar la palabra justa para cada uno.

El abastecimiento nos trae de cabeza. Para traer las provisiones (huevos, azúcar) tenemos que hacer bastantes kilómetros. Estamos en pleno verano. Hace mucho calor. Nuestros heridos sufren por el calor y el cansancio del transporte. Hemos conseguido disponer de hielo. Ahora nuestros camaradas podrán refrescarse tanto por el día como por la noche con este hielo.

Nos encargamos de la formación del personal auxiliar. Las jóvenes empleadas aquí aún no sabían bien cómo hacer su trabajo. Nos hemos puesto a instruir las seriamente y las mejoras no tardan en notarse.

También organizamos un curso de alfabetización. Una mujer de treinta y tres años se ha apuntado. Además, una vez por semana, proyectamos buenas películas en el refectorio. También organizamos bailes, estrechando así los lazos con la población. El 18 de julio dimos una gran fiesta a la cual asistieron ochocientos niños. Nuestra relación con la población local se hizo más cordial aún después de esa fiesta. Dos películas rusas fueron un gran éxito, los espectadores se levantaron con una ovación entusiasta. La fiesta terminó repartiendo limonada, dulces y chocolate.

Muy pronto la gente ha tomado la costumbre de venir a vernos por cualquier herida, por cualquier rasguño. Nuestra ayuda y nuestros cuidados están garantizados, claro. Pero también la gente nos ayuda. Las mujeres del pueblo zurcen la ropa de cama de nuestros heridos, nos traen naranjas y melones.

Hemos hecho todo lo posible por cumplir el trabajo que nos había encomendado, aun así somos conscientes también de nuestras carencias. Queda aún mucho por hacer. No será hasta que hayamos logrado suplir todas esas carencias que podremos decir: Hemos cumplido con honor la misión que nos encargó el Servicio sanitario.



Las mujeres españolas de Murcia acuden a Anka [Poca] para confiarle sus dolores, pequeños y grandes.

Anka Poca [nombre real Adela Bohunicka, también Adela Bokhumitska], doctora croata, actualmente directora adjunta del **Hospital Federica Montseny** de Murcia, trabaja desde hace casi un año en España. Es demasiado modesta como para hablar mucho de sí misma. Tanto los heridos a los que atiende como los niños del “Hogar infantil General Lukacs” a los que prodiga cuidados de una forma maternal, podrían dar cuenta de ello.

He aquí lo que ella nos cuenta:

Desde que oí hablar de la ayuda sanitaria en España, mi más vivo deseo fue participar en ella. La lucha en España se había convertido para los antifascistas de todos los países en el tema de más ardiente actualidad. Cada uno consideraba la ayuda a España como su deber más imperioso. Yo también deseaba abandonar mi trabajo para dedicarme a esta tarea. Qué ridículos son los artículos aparecidos en diferentes periódicos denunciando que los intelectuales y obreros eran atraídos por ciertas promesas en España para luego enviarlos en seguida al frente. Nadie tenía necesidad de “atraernos” para que fuéramos a España, y, para cada uno de nosotros, y especialmente para las mujeres, ser enviado al frente era una gran alegría y un honor.

Nosotras, camaradas de Yugoslavia, cuántas veces no habremos discutido con **Milica** y con **Lisa**, contrariadas las dos por habérseles prometido “ir al frente” desde hacía tiempo. Milica, obstinada, amenazaba con romper la disciplina. No era fácil hacerle comprender que el trabajo en los hospitales de retaguardia no era menos importante. Me acuerdo con qué admiración, y también con algo de envidia, me miraban cuando pude finalmente salir para España. Miles de mujeres hubieran querido estar en mi lugar. Y los que ya están aquí, con qué dificultades han venido, haciendo largos trayectos a pie, a veces sin dinero o con el poco que lograron de vender todo lo que tenían. Relatar los increíbles obstáculos que los miles de hombres y mujeres de

todos los continentes tuvieron que superar para venir hasta aquí sería en realidad escribir un nuevo capítulo de la historia de la Humanidad.



En el hogar infantil “General Lukacs”. Miran el mundo por cuya felicidad y libertad luchan sus padres

Muchos de nuestros heridos se tienden sobre la mesa de operaciones con una impasibilidad y una calma tan sorprendentes que a veces me pregunto si piensan que la mesa de operaciones es una tumbona. Es cierto que han vivido cosas mucho más terribles que una operación. Cada uno reacciona de diferente forma ante el dolor. El balcánico se pone a jurar, el inglés calla, el francés y el italiano critican todo lo que se pone por delante, el alemán filosofa y debate sobre las causas del dolor y para terminar dice: ¡Scheisse! *[en alemán en el original, mierda]*, el español quiere recibir un poco de cariño y exclama “¡Madre mía!”

Nuestros heridos cuentan con el consuelo y cariño de trescientos siete amigos, los pequeños del “Hogar infantil General Lukacs”. Les visitan y les transmiten su alegría y sus ganas de vivir. Realmente se han convertido en “nuestros” niños. En el Hospital “Pasionaria” los camaradas proyectaron una película sobre Madrid. El terror y

el nerviosismo se dibujaron en las caras de los niños al ver Madrid bombardeado. Muchos de ellos reconocieron las calles y los barrios donde vivían. En adelante, es mejor no mostrarles tales películas. En unos días, los camaradas repartieron entre los niños zapatos, ropa y calcetines. Todos los cuidados de nuestros camaradas van para los pequeños.

A veces nos preguntan por qué hemos venido a España. Para nosotros la cosa está clara. Cada mujer antifascista que cumple aquí con su deber humanitario, como médica, enfermera o auxiliar, muestra con su trabajo diario la razón por la que ha venido a España.



“Han venido todos muy gordos y sanos” Carta de un niño español (Manuel Boya Sánchez) del hogar infantil “General Lukacs”.

Steffi Wenzel, una de las camaradas checas más activas del Hospital **Komensky**, escribe:

¡España, España!, con este pensamiento nos despertábamos. Esperábamos con impaciencia la llegada de los periódicos de la mañana. España... el eterno tema de discusión en el trabajo, en las calles, en cualquier sitio donde uno se encontrara. ¡Todo el mundo quería hacer algo para ayudar a España!

Yo soy enfermera, siempre me ha gustado mi profesión. Sin embargo no fui feliz hasta que tuve la oportunidad, gracias a mi profesión, de demostrar mi solidaridad con el pueblo español. Muchos de mis conocidos y amigos me envidiaron, todos querían venir también, aunque desde allí hacen todo lo posible por ayudar a España. Finalmente recibí una notificación del Hospital Komensky enviada por el Comité de Ayuda a la España democrática. Pude partir.

En Portbou, la estación de tren fronteriza, nos encontramos con españoles de América del Sur y del Norte, y de otros sitios, que regresaban a su país. Me conmovió mucho pasar la frontera. Todo el mundo cantó el himno republicano con el puño en alto.

Trabajé primero en Guadalajara. La ciudad había sufrido mucho, bombardeada por la aviación fascista; en las inmediaciones de nuestro hospital, y en el jardín, se podían ver las huellas de las explosiones. El hospital albergaba también a niños cuyo Hogar Infantil había sido destruido. Las bombas habían matado al director y también a los padres de los niños. Al escuchar las sirenas, los pobres pequeños se ponían a llorar ya que todo lo que habían soportado revivía en ellos. Más tarde esos niños fueron evacuados. Era el momento. Hoy día, la ciudad de Guadalajara está en ruinas después de haber sufrido, no hace mucho, un bombardeo terrible.

Ahora trabajo en lo que hasta hace poco era un hotel balneario a la orilla del Mediterráneo. Los enfermos son hospitalizados en las villas que antes eran residencias de verano para los ricos. El Hospital Komensky fue trasladado enteramente aquí, no sólo trata a los combatientes checos sino a todos los voluntarios. Tenemos muchas mujeres valientes y activas en el Hospital Komensky:

La Doctora **Dora Klein** que cumple su deber de todo corazón y a la cual estiman mucho los enfermos, las enfermeras y sus colegas españoles.

Aquí está también la Doctora **Vlasta Vesela**, que lleva mal este clima pero que supera sus debilidades y dedica todas sus fuerzas a sacar adelante su trabajo.

Alice Glassery a **Nelenka Pétrankova**, las gerentes del Komensky que, como si fueran sus madres, cuidan a los checos y a todos los demás camaradas. Con su “trabajo cultural” (Alice forma parte de la Comisión de Cultura) ayudan a los heridos a sobrellevar su retiro forzado de una forma útil y agradable.

También está **Mirka Koubova**, frágil y delicada, pero infatigable, llena de energía y tenacidad.



La Doctora Rudin, médica yugoslava, con una pequeña amiga española

Marie Veselska, una digna representante de la solidaridad de las mujeres socialdemócratas con el pueblo español, trabaja en la **Villa Masaryk**. Llena de admiración por este gran demócrata, cumple su deber en línea con el espíritu de las mejores tradiciones de nuestro país. Durante los terribles bombardeos de Guadalajara, fue un modelo para todas nosotras. Su ejemplo nos enseña cada día que la unión de todas las mujeres antifascistas y de todas aquellas que quieren la paz es una de las condiciones para lograr la victoria sobre el fascismo. Nuestra pequeña “Dada”, que no se adhiere a ningún partido político, permanece valientemente en su puesto, incluso en medio del peligro.

Frau **Wiesner**, la mujer de nuestro médico, siempre de buen humor y llena de vitalidad, acaba de regresar a España, después de unas cortas vacaciones. ¡Una suerte para nuestro Servicio Sanitario tenerla de nuevo entre nosotros! Durante la ofensiva de Brunete cumplió su deber valientemente y con calma. Nada, incluso el amor por su pequeño hijo que se ha quedado en su país, ha podido impedir su vuelta a España.

Hace poco que dos doctoras, **Olga** y **María**, han llegado de Checoslovaquia. Armadas de renovadas fuerzas han comenzado inmediatamente su trabajo.

No podemos olvidar a nuestra camarada española **Carmen**, que vino con nosotros desde Guadalajara. Ciertamente representa el arquetipo de joven española que a menudo hemos admirado desde casa, en periódicos y revistas, “¡la mujer con fusil”! Combatió en el 5º Regimiento en Madrid y ahora, que ya no hay mujeres en el ejército español, trabaja como enfermera en el quirófano y la sala de curas del Hospital Komensky. **Clotilde**, otra combatiente del 5º Regimiento, trabaja ahora en la sección de desinfección con la misma tenacidad que antes combatía. Y **Matilda**, la enfermera jefa, ¡qué fuerte y valiente!

Las camaradas españolas despiertan admiración y sorpresa por su voluntad y perseverancia. En la sección de contagiosos trabajan dos asturianas llegadas desde Francia. Una de ellas ha perdido tres hermanos en el frente, y a sus padres y dos hermanas en los bombardeos. Ella trabaja con calma y resignación, adaptándose a todas las circunstancias; animada solamente por el pensamiento de que esta guerra tendrá pronto un final victorioso.

Al principio, yo trabajaba en el quirófano y más tarde me trasladaron a la sección de contagiosos. Nunca en mi vida había trabajado con tanta alegría, jamás he tenido tanta paciencia y comprensión por mis enfermos que aquí.

El ambiente es muy diferente, existe una buena relación de camaradería entre médico y enfermera, nos tratamos de “camarada”.

Nosotras, las mujeres checas, cumplimos nuestro deber en España. Por su lado, las mujeres antifascistas de nuestro país deben esforzarse para dotarnos de los mejores medios para tratar y curar a nuestros heridos. Todas las mujeres que, en nuestro país, luchan por la paz y la democracia deben multiplicar sus esfuerzos para aniquilar el fascismo aquí y en el mundo entero.



Checoslovakas en el Hospital “Komensky”

La pequeña **Betty**, que escribe estas líneas, es gerente de local de la administración del Servicio sanitario internacional. Ella es rumana y nos escribe en alemán, no sin dificultad.

El mundo entero sabe lo que empuja a la mujer rumana a luchar contra el fascismo. Esas mismas razones me han mostrado el camino a España, para contribuir a vencer el fascismo. Como hacen las mujeres antifascistas del mundo entero, las doctoras y enfermeras rumanas realizan su trabajo con amor, paciencia y comprensión. Yo, que no soy doctora ni enfermera, me esfuerzo por hacer mi trabajo lo mejor posible, como verdadera antifascista.

Empecé este trabajo sin saber incluso lo bello y grandioso que es. Todo a la vez, me he convertido en ama de casa, madre y “hermana”, incluso un poco maga, siempre logrando encontrar un cigarrillo para contentar a los grandes fumadores.

Mis “hijos” son todos mayores que su madre. Pero el nombre de “madre” me agrada, me da nuevas fuerzas y todavía más amor. Mi “menaje” de ama de casa es también un poco más grande que el que habitualmente tengo en la mía. Cuando mi “familia”, que se compone de más de ciento treinta personas, se lanza a la mesa y las paredes del pequeño comedor amenazan con explotar, mi mirada pierde su habitual tranquilidad. Por la noche también, cuando no hay camas suficientes, me las debo ingeniar para encontrar alguna cosa. Una vez, sin embargo, me olvidé de uno de mis “hijos”, debiendo pasar toda la noche en una silla. Al día siguiente, mirándome, ¡aún fue él quien se disculpó! Aún hoy este recuerdo me entristece. Mis “hermanas” son españolas. Dedicar sus pocos

y cortos descansos a aprender a leer y escribir. Como les ayudo a organizar los cursos, me llaman “nuestra hermana”.



Steffi [Wenzel] con algunos de los pacientes a su cargo

Tengo también otros amigos, los pequeños vendedores de periódicos, que comienzan su trabajo bien temprano y con mucho celo. Llegamos a olvidar que son niños de diez años, que trabajan toda la jornada seriamente y no es hasta la noche que pueden aprender a leer y a escribir.

He aprendido mucho en España. Los combatientes aquí son unos excelentes camaradas. Todavía me queda mucho por aprender para hacer mejor mi trabajo. Mi estima por todos ellos crece cada día, no me falta paciencia y con la ayuda de tantos buenos camaradas lograré sacar mi trabajo adelante.



Betty (derecha) y la escuela de analfabetismo que ella creó para el personal doméstico español.

“Cuando **Anny** entra en la habitación nos sentimos menos enfermos”, me comentaba **Otto Schling**, un voluntario checo ya curado de un grave tifus. “Nosotros la llamamos nuestro segundo doctor, nuestra madre, nuestra hermana. En nuestros momentos más terribles, cuando nos creíamos al borde de la muerte ella nos transmitía su ardiente amor a la vida. Infatigable y siempre paciente. Muchos de nuestros enfermos decían: ¡Si aún estamos vivos es gracias a Anny!”

¿Quién es **Anny Scaff**? Una joven holandesa con esa cara característica que vemos en los retratos de mujeres del Renacimiento. Ojos claros y alegres bajo una frente abombada. Transmite su fuerza a los enfermos. Esa lucha que, a pesar de los días y noches de trabajo, de la lucha feroz contra la muerte, sigue siendo inagotable, surgida de un corazón que instintivamente ha sabido qué lado es el correcto. Pues Anny, como tantos otros excelentes camaradas en España, no pertenece a ningún partido. Ella proviene de una familia católica burguesa. Hoy me contaba que había dejado un buen puesto de enfermera en un hospital de contagiosos. Cuando comunicó que se iba a España, su director, sorprendido, se llevó las manos a la cabeza. ¡Cambiar una vida tranquila por una vida llena de peligros, penalidades y en medio de los horrores de la guerra! ¿Por qué? “Porque allí, en España, respondió Anny, se lucha por todo aquello en lo que yo creo. Porque el futuro de todos, de todas las mujeres también, se decide allí. Una victoria del fascismo significaría que estaríamos condenados durante un tiempo indeterminado a ser esposas y madres de víctimas, y...”

A mitad de esta frase la pluma cae de mi mano. Una enorme explosión sacude la casa. El comedor del hotel, lleno de madres españolas con sus hijos, de civiles, de periodistas extranjeros, desaparece en una nube negra. Gritos agudos, llanto de niños, vigas que se hunden, cristales que vuelan en mil pedazos... Aturdida, pienso: una bomba... la muerte...



La holandesa Anny Scaff

La cortina de humo y de polvo comienza a desvanecerse... Me encuentro apoyada en la pared (la única pared intacta) en la mano mi libreta con la frase empezada. Estoy viva

¿y los otros? Yacen en el suelo, entre escombros, mesas destrozadas, cristales rotos y manteles ensangrentados. Un chico de quince años, con el vientre abierto, agoniza. Una niña pequeña, con los ojos cerrados, tiene el brazo izquierdo hecho una masa sangrante. Un anciano no tiene más que un pie, el otro, todavía con el zapato, está detrás de él, al lado de un jarrón con mimosas irónicamente intacto... Ya los médicos acuden, las ambulancias se paran delante del edificio. Los carabineros suben por los escombros, cierran los puños al ver los cuerpos despedazados. Y delante del pequeño cuerpo sin vida de un niño, un hombre grande y vigoroso llora... lo coge con cuidado en sus brazos y se lo lleva...

Me abro camino entre los escombros y los charcos de sangre. En el corredor se abre un cráter enorme abierto por la bomba. El agua brota de las tuberías destruidas. Delante de la puerta hay dos coches en llamas. Dos caballos yacen muertos en mitad de la calle. Las mujeres rodean la casa, lloran y alzan sus puños amenazantes. Los fascistas siembran la muerte y las lágrimas, pero también un odio feroz.

Los periódicos de la tarde anuncian: “Aviones fascistas sobre Valencia: ¡325 víctimas!”

(Escrito por Gusti Jirku en Valencia, el 26 de enero de 1938)



La Pasionaria con la campesina Manuela Ortiz y la madre del Héroe Fermín Galán en la Conferencia nacional de mujeres antifascistas de España

El teniente **Hans**, voluntario en el Ejército Popular de España, nos cuenta: “En Jarama, después de un duro combate, las ambulancias llegaron al frente. Mientras retiraban a los heridos en las ambulancias (ya estaba oscureciendo) vi delante de mí a un pequeño hombre con el pelo blanco, vestido con un mono. Me daba la espalda, agachado, examinaba con cuidado a cada herido, revisando los vendajes... ¿Acaso ese pequeño hombre con pelo blanco estaba buscando a un amigo, un hijo? De pronto se da la vuelta, me mira. Era una mujer con el pelo blanco, con un bello rostro, aún joven, y los ojos llenos de lágrimas ¡Era la enfermera Anne-Marie!”

Anne-Marie, es una húngara nacida en Yugoslavia; es madre de un hijo de veintiún años que combate en el frente, madre de todos los heridos, a los cuales consagra sus nunca desfallecidas fuerzas, sus grandes conocimientos médicos y su valiente corazón. Desde hace un año trabaja en medio del peligro y la muerte. Siempre la he visto tranquila alrededor de los heridos, con una sonrisa confiada que consuela a todos. A menudo la he visto llorar, apartada, cuando la ciencia ya no puede hacer nada. Nosotras, las mujeres, estamos orgullosas de ella.

El treinta de octubre de 1937, cuando la Conferencia nacional de mujeres antifascistas de España se reúne en Valencia, Anne-Marie habla en nombre de la delegación femenina del Servicio Sanitario Internacional. Desde hacía mucho tiempo ella deseaba ver a la **Pasionaria**. Cuando Anne-Marie termina de hablar la Pasionaria la estrecha entre sus brazos y la besa. Ese día fue difícil hablar razonablemente con Anne-Marie, tan calmada normalmente, ¡“el pequeño hombre con el pelo blanco” no era más que una niña loca de felicidad!



La húngara Anne Marie

Discurso de Anne-Marie a la Conferencia de mujeres antifascistas de España:

“En nombre de las mujeres del Servicio Sanitario Internacional, os doy las gracias de todo corazón: ¡Salud!

Hemos venido de todas las partes del mundo para luchar junto a nuestras hermanas españolas que, en poco tiempo, se han convertido en un ejemplo para todas las mujeres antifascistas del mundo. Ellas tienen un gran ejemplo: ¡Nuestra **Pasionaria**! Permitidme camaradas que os presente a nuestra delegación: **Gusti Jirku**, jefa de nuestra delegación. Hace un año que está en España. Trabajó primero como enfermera y ahora dirige la redacción de nuestro Servicio Sanitario.

Mimi, una doctora austriaca que ha trabajado en el frente de Jarama y que ahora trabaja en el hospital quirúrgico de Murcia; **Jeanne**, una francesa que cuida con devoción de sus heridos; **Milica**, venida desde Yugoslavia para curar a nuestros combatientes heridos. También está la enfermera **May**, venida desde la lejana Australia, que ha trabajado en todos los frentes; **Steffi**, que vino con el equipo checo que nos trajo ambulancias, instrumental y medicamentos. También está **Evelyn**, de Nueva York, nuestra valiente conductora. Con su camión nos trae los suministros al frente. Cuando le preguntamos ¿quieres tomar un café? Ella nos responde: ¡No tengo tiempo, me esperan en el otro hospital ya! **Hilda** y **Edith**, enfermeras venidas de América, de donde nos han enviado una buena cantidad de ambulancias e instrumental.

Muchas nacionalidades no están representadas aquí hoy. El trabajo y las dificultades de transporte han impedido a muchas de nosotras el poder venir. Tenemos admirables enfermeras holandesas, alemanas, inglesas, polacas, belgas. Ellas trabajan por el lema que veis inscrito en nuestra bandera: “¡Cada herido que curamos es una garantía más de nuestra victoria!”

Sabemos que en España se decide la suerte de todas las mujeres de Europa. Yo no soy una oradora, camaradas, pero estoy feliz de estar entre vosotras y de contaros lo que he visto y hecho en este año de guerra. Inmediatamente después de mi llegada a España comencé a trabajar en los hospitales del frente. Estaba encuadrada en la heroica XI Brigada que, combatiendo al lado de los camaradas españoles, cortó a Franco el camino a Madrid.

Me di cuenta que no era el heroísmo lo que faltaba, sino muchas otras cosas necesarias para una victoria rápida: ¡todo eso que los países que se dicen democráticos no nos han enviado so pretexto de la “no intervención”! Nuestro Servicio Sanitario tenía carencias de muchas cosas necesarias y hemos tenido momentos muy difíciles. Pero la solidaridad internacional se manifiesta en favor de España y las mujeres antifascistas de todos los países se ponen manos a la obra para ayudarnos.

La vida de enfermera en el frente no es fácil. A los aviones fascistas les gusta visitar a los heridos en los hospitales. He visto cosas horribles: en **Fuencarral** y en **Morata** los aviones fascistas perseguían a nuestras ambulancias, en **Colmenar** y **Tarancón** bombardeaban nuestros hospitales en pleno día. He visto a niños bañados en su propia sangre y a madres que buscaban a sus hijos y los encontraban sobre camillas, muertos o lisiados. ¡Si yo no hubiera sido ya antifascista lo habría sido inmediatamente al ver esto!

Incluso con sus propios heridos, los fascistas no tienen piedad alguna. Después de la toma de Belchite encontramos a heridos fascistas con heridas purulentas, gangrenadas, totalmente abandonados en un hospital sucio.

He visto a nuestros médicos trabajar cuarenta horas sin interrupción. Muchos de ellos han perdido la vida en el frente. Y los conductores de ambulancias que, sin desmayo, van del frente al hospital y del hospital al frente, ¡que no quieren ni dormir ni comer porque los heridos les esperan! Saludad puño en alto, camaradas, cuando veáis a los conductores de nuestras ambulancias ¡ellos se han ganado vuestro saludo!



Despedida de un herido del hospital

A menudo me preguntan si también tengo buenos recuerdos de mi trabajo aquí: ¡Oh sí! En Tarancón había un joven español gravemente herido. Era como nuestro hijo y él nos llamaba “madres”. Cuando vinieron sus padres a buscarlo, me dijo: “¡Anne-Marie, te quiero como a mi madre!” Me preguntáis cómo podemos soportar el ver todo este sufrimiento, yo os respondo: primero porque nosotras somos antifascistas y sabemos que una victoria de los fascistas significaría el fin de todo lo bueno que hay en el mundo, y segundo porque el ejemplo de nuestros heridos nos llena de fuerza. Son valientes, y no sólo en el frente, también en la cama del hospital y en la mesa de operaciones. Algunos días después de la operación preguntan ya: “¿qué opinan, podremos volver al frente?” Y cuando nos llaman “mamá” eso nos da fuerza, porque una madre se debe a sus hijos. Yo me preguntaba a menudo, y os pregunto también a vosotras, camaradas: ¿Realmente nos merecemos que nos llamen “mamás”? Toda la sala, entusiasta, responde: ¡Sí, Sí!

¡Sí, lo merecemos porque luchamos por una vida nueva para nuestros hijos, contra el fascismo, por una España libre y democrática, por la paz en el mundo!

¡Viva el Glorioso Ejército Republicano! ¡Viva el Frente Popular! ¡Vivan nuestras hermanas españolas!

ANEXO

Hemos decidido incluir, como un anexo final, unas páginas escritas por otra brigadista, la letona Braina Rudina, en las que hace un muy breve juicio crítico del libro de Gusti Jirku.

Consideramos que tienen un gran valor histórico, ya que aporta más información sobre alguna de las mujeres que aparecen en el libro de Gusti y de algunas que sólo aparecen en los pies de foto, como su propia hermana.

Si ya advertíamos del carácter plenamente propagandístico del texto de Gusti Jirku, el de Braina Rudina se sitúa en las antípodas, ya que se trata de un texto nunca pensado para ser publicado, muy al contrario, destinado sólo a los ojos de los altos cargos de la Komintern, como atestigua la palabra *confidencial* que figura en el encabezamiento de la primera hoja. A esto obedece el estilo sintético y descarnado con el que la autora lo escribe.

En el Archivo del RGASPI figuran tanto la versión manuscrita como la mecanografiada, ambas en francés.

Además también incluimos una breve biografía de Braina Rudina por su claro interés.

A.Ch.



Braina Rudina

Médica, nació el 24 de junio de 1902 en Riga, Letonia. Vivió en Riga, Berlín, Moscú, Belgrado.

Como su hermana mayor, Miriam (que también fue voluntaria en España), realizó sus estudios en Alemania, en las facultades de medicina de Berlín y Friburgo, entre 1922 y 1927, cuando se convirtió en doctora. Durante los años siguientes vivió en Alemania, donde se unió al KPD (Partido Comunista Alemán) en 1931 y se casó con Alfred Bergman [comunista yugoslavo, bosnio de origen judío. Estuvo encargado de la prensa del partido en la Viena de los años treinta y, por un corto periodo de tiempo, al final de 1934 fue miembro de la dirección del PCY, designado por la Comintern. Notorio ex miembro de la RFB (The Roter Frontkämpferbund fue la "Alianza de los combatientes rojos", milicia bajo el liderazgo del KPD), Alfred también se unió a las Brigadas Internacionales en 1936. Después luchó en la Segunda Guerra Mundial. Los fascistas croatas Ustaše lo mataron en Zagreb en 1941]

Militante del KPD (Partido Comunista Alemán) fue arrestada y encarcelada en Yugoslavia durante ocho meses por organizar el alistamiento y viaje a España de brigadistas en 1937.

Usó varios "nombres de guerra", pero su nombre era Braina Rudina Pedanova. Nació en una familia judía muy pobre en Riga, el 11 de junio de 1902. Según los documentos, en España también era conocida como Braina Voss o Rodin-Voss. Pero también como Marlena Nenadova: su nombre para la Comintern [El documento que publicamos a continuación lo firma como Voss Nenadova]

Cuando las acciones antisemitas comenzaron en Alemania, se mudó a Yugoslavia. Allí continuó realizando actividades antifascistas de acuerdo con el PC. A principios de 1935 se mudó a Moscú, donde trabajó como médica. Su esfuerzo en ese hospital fue considerado como digno de recibir una medalla stajanovista, el premio más alto al valor laboral en la URSS.

En el verano de 1936 regresó a Belgrado para organizar el reclutamiento y el transporte

de voluntarios de Yugoslavia a España. Por esto fue arrestada en 1937 y encarcelada durante 8 meses. Mientras tanto, su hermana Miriam y su esposo Alfred llegaron a España y se unieron a las Brigadas Internacionales.

En enero de 1938, Braina fue puesta en libertad y se presentó voluntaria para ir a España, llegando a Albacete el 10 de febrero de 1938. Como sabía hablar con fluidez ruso, letón, alemán, serbio, francés y español, era considerada una valiosa médica y un activo importante. Encuadrada en el 51 Batallón de la XIII Brigada Internacional. Rápidamente fue ascendida a Teniente y se convirtió en jefa del hospital Villanueva de la Jara, en el frente de Cataluña. Pocos meses después fue nombrada jefa del hospital de las S'Agaró (Gerona), siendo nuevamente promovida, esta vez al rango de Capitán.

En 1939 huyó a Moscú. Donde vivió hasta el estallido de la Segunda Guerra Mundial, uniéndose al servicio sanitario del Ejército Rojo, administrando diferentes hospitales, como el hospital Evaco, en Pryluky, Ucrania.

En 1945, se mudó a Riga donde se reencontró con su hermana y trabajó como médica. Murió allí el 9 de noviembre de 1973, siendo enterrada en el nuevo cementerio judío de Riga.

Braina Rudina fue, muy probablemente, la mujer letona que alcanzó el rango más alto dentro del ejército popular de la República Española.

Fuente:

Blog de Ignacio de la Torre, Diccionario de los Brigadistas Letones

<https://brivpratigie.wordpress.com/2016/02/13/braina-rudina/>

1733 "8" 3 ex.

Confidencial

GF copia

16-XII-1939

ENFERMERAS DE LAS BRIGADAS INTERNACIONALES

Dr. Voss Nenadova

MI OPINIÓN SOBRE EL LIBRO DE GUSTI JIRKU

En pequeñas historias e imágenes, vemos pasar delante de nosotros a una gran parte de las mujeres del Servicio Sanitario Internacional. Yo no conozco a Gusti Jirku. Será necesario saber cómo es. En este breve libro da voz a muchas mujeres. ¿Por qué habla de unas y no de otras? ¿Cómo ha hecho la selección? El libro apareció a finales de 1937 [sic]. Por aquel entonces ya sabíamos perfectamente cómo trabajaban las distintas mujeres que estaban en España y los motivos que allí les llevaron.

Yo trabajé con muchas mujeres del Servicio Sanitario Internacional. Las traté en un periodo muy difícil para las Brigadas Internacionales, durante la desmovilización y la retirada.

Prefiero dar una descripción concreta de cada una de las camaradas que conocí:

AMERICANAS:

Irene Goldin (p. 27) *(corresponde a la paginado de la edición en alemán)* Una joven americana muy cualificada, modesta y muy trabajadora. Estuvo trabajando hasta el último momento, a pesar de que en por aquel entonces todas las americanas se habían marchado ya. Esperaba la evacuación en S'Agaró junto con su marido, un joven austriaco. Cuando hicimos un llamamiento entre las enfermeras desmovilizadas, Irene Goldin se presentó voluntaria y estuvo trabajando hasta el último día. Firme, modesta, siempre en su puesto. Salió de España conmigo por la frontera de Port –Bou el siete u ocho de febrero *(de 1939)*.

Sonia Merims (p. 40) Americana. Estuvo en el hospital de S'Agaró después de sus vacaciones en América. Ella trabajaba como Enfermera Jefe, pero cuando comenzaron los bombardeos sobre S'Agaró perdió los nervios. Se decía que supo controlarse bien durante los bombardeos de Tarancón pero en S'Agaró no lo logró. Fue repatriada. En su trabajo era seria, buena organizadora.

Evelyn [Hutchins](p. 35) Una joven americana muy valiente y muy trabajadora (trabajaba como conductora)

Milfred Rackley (p.37) Últimamente trabajó como secretaria de Barsky. La conozco de esa época. Hizo su trabajo con precisión y seguridad, pero era muy femenina (sic)

Margit Nullermann . Holandesa. Socialdemócrata, veinte años en el partido. (Quiso entrar en el partido comunista) 45 años. Trabajó como Enfermera Jefe en Murcia y últimamente en S'Agaró (un año) Muy seria, día y noche en su puesto, muy entregada, muy cualificada. Además hacía una gran labor de propaganda de la causa de España escribiendo en distintos periódicos holandeses.

Paula Draxler (p. 56) Una austriaca sin cualificación, sin voluntad para el trabajo. Pensaba que su deber se limitaba a distraer a los amigos. Renunció después de seis meses de hacer nada en Pins del Vallès y de trabajar en S'Agaró.

Rachel Schwarzman (p.?) Una pequeña polaca, joven, muy entregada, miembro del Partido Comunista, muy seria. Trabajó en varios hospitales internacionales, el último de ellos el de S'Agaró, durante la retirada. Se presentó voluntariamente tras el llamamiento que hicimos.

Josephine (p. 39) Desconozco su apellido, checoslovaca, mujer del Doctor Samet (Director de Mataró) Trabajaba como farmacéutica. Muy seria, aplicada. Se quedó en su puesto hasta los últimos días, cambiando con nosotros de lugar, S'Agaró, St. Clement, Cantallops. Estuvo terminando de la instalación de la farmacia la noche que evacuamos Cantallops.

Petra Salorea (p. 14) Belga, trabajó como enfermera en los quirófanos de Murcia, Vic y S'Agaró. Está bien cualificada para su trabajo pero no es seria con los hombres (sic) Miembro del partido.

Wiesner (p.84) Enfermera, ayudó a su marido (médico checo) en los hospitales de Villanueva de la Jara y Mataró. Políticamente muy inactivos ambos, pequeñoburgueses. Una se pregunta cómo pudieron ir a España.

[Miriam] Rudin (p. 84) Letona (mi hermana) Médica desde hace quince años. Dejó a sus dos hijos por ir a España. Sin embargo no es muy firme, no soporta bien las dificultades, en general no está hecha para vivir en la lucha. En circunstancias normales hace bien su trabajo (como médica).

Anka Bohenska [Anka Pocal](p. 76) Croata, como médica es muy joven, con muy poca experiencia. Me parece que no le gustaba mucho ocuparse de sus enfermos, prefería hacer labores de propaganda entre la población (de una forma individualista y sin dejarse controlar). Hice que nuestro comisario se fijara en ella, pero no se quedó mucho tiempo en S'Agaró.

Era Volsenec (p.73) (*en el Diccionario de los Brigadistas Bálticos de Ignacio de la Torre aparece como Era Volsenove*) Letona, miembro del Partido Comunista. Trabajó en la XV división y luego en S'Agaró. Muy activa, bien cualificada. Trabajó hasta los últimos días. Pasó conmigo a St. Clement y a Cantallops, recibiendo en las últimas semanas a todos los heridos y enfermos de las Brigadas. Era miembro del Comité de S'Agaró (del Partido) pero respecto a su calidad como comunista era intrigante y le gustaba maniobrar para imponerse y dirigir el Comité. Su trabajo político era sospechoso.

Claire (p. 45) Desconozco su apellido. Se hacía pasar por francesa pero era española. Trabajaba con un alemán (no recuerdo su nombre) en una ambulancia suiza. ¡¡¡Muy sospechosa!!! No se sabe nada de ella. Aprendió su profesión en España.

Moscú, 8 de diciembre de 1939.

Voss Nenadova